

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

“Los verdugos de Eva”:

Una forma de narrar la violencia de género en un cuento

TRABAJO RECEPCIONAL
PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADA EN
CREACIÓN LITERARIA

PRESENTA

REYNA ARROYO DELGADO

Directora del trabajo recepcional

Mtra. Herminia Pilar Morales Lara

México, D.F. Enero de 2016.

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS ©

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

Agradecimientos:

A la Mtra. Herminia Pilar Morales Lara, mi querida tutora por compartirme sus enseñanzas en el campo de la literatura y la crítica literaria. Sin su valiosa ayuda no hubiera podido concluir este trabajo recepcional.

A la Dra. Gabriela Navarrete Valenzuela, por sus enseñanzas y su inestimable colaboración para leer mi trabajo.

A la Mtra. Ana Leonor Cuandón Alonzo, por compartirme sus conocimientos en el arte de la poesía y el análisis literario. Así como por su participación como lectora de mi trabajo.

A la Mtra. Alicia Pastrana Ángeles, por su amable colaboración como lectora de mi trabajo.

Al Lic. Armando Alanís Canales, por su meritoria disposición para leer mi trabajo.

ÍNDICE

El tema y su justificación.....	4
La violencia.....	10
La violencia a través del lenguaje.....	12
Narrar literariamente la violencia.....	15
Relación literatura-sociedad.....	22
Mi forma de narrar la violencia.....	26
Bibliografía.....	40
Los Verdugos de Eva.....	44
Con aroma de jazmines.....	54
La casa de las buganvillas.....	69
El destino.....	82

El tema y su justificación

En este trabajo se aborda la violencia de género a través de las narraciones del cuentario “Los verdugos de Eva”. Las historias contenidas en éste reflejan situaciones de agresión en contra de mujeres de algunos pueblos del estado de Guerrero. Los personajes femeninos de las narraciones fluctúan en un rango de edad entre seis y sesenta años. Algunos de los relatos dan cuenta de que las mujeres empiezan a ser violentadas desde temprana edad (muchas veces, desde el nacimiento). La mayoría de los hombres, con la idea de asegurar la continuidad de su linaje, desean que su primer hijo sea varón. En los medios rurales, los hombres, además, anhelan recibir de parte del hijo ayuda para realizar las tareas propias de su sexo. Muchas veces el resultado del parto no es el esperado por el varón; en ese caso, la hija es insultada y rechazada desde el momento de su nacimiento y la madre, en consecuencia, es agredida por el esposo.

La violencia de género no sólo se manifiesta con agresiones físicas, sino también con agresiones verbales y psicológicas que menosprecian y violentan su condición de mujer y madre. Las frases aparentemente inofensivas como: “eres una buena para nada”, “no sirves ni para parir hijos” o “eres una vieja huera” (estéril) tienen como blanco principal la autoestima y la valía de la mujer. Esto provoca que algunas mujeres se sientan culpables, se sientan devaluadas y, en consecuencia, intenten el suicidio por no poder cumplir con las expectativas del varón a las cuales están supeditadas.

Siguiendo un modelo patriarcal, adoptado desde la época antigua, las agresiones al género femenino también se dan entre mujeres. En los medios rurales a las niñas de seis años o aún menores se les asignan tareas domésticas difíciles de realizar por su escasa fuerza y estatura. Una de las tareas que con más frecuencia tienen que llevar a cabo es el cuidado de sus hermanos más pequeños, cuyo peso casi las iguala. Al imponerles estas obligaciones, no sólo violentan su derecho al juego y a relacionarse con niñas de su edad, sino también su sano desarrollo y crecimiento. El exceso de peso al que son sometidas sus columnas provoca en algunas infantes traumatismos de cadera y columna que se ven reflejados hasta años más adelante en su vida adulta. El caso contrario sucede con los niños, a quienes si bien es cierto también se les asignan tareas propias del campo, éstas no son ni remotamente iguales a las encomendadas a las niñas.

La violencia de género no se fija en la edad de la víctima. La mujer es violentada muchas veces únicamente por su condición de vulnerabilidad e indefensión frente al poderoso. En una de mis narraciones, por ejemplo, se describe la violencia de la cual es objeto una mujer de la tercera edad. A ésta se le acusa de padecer de sus facultades mentales. El argumento de locura les sirve a los agresores para privarla de su libertad y para someterla a vejaciones y sufrimientos que se prolongan por muchos años. Dicho sea de paso, estas manifestaciones violentas son perpetradas por sus familiares más cercanos.

Tomar como eje central de este proyecto la violencia de género parte de un interés particular por desterrar la idea de que la mujer es sumisa y abnegada por naturaleza y mostrar cómo dicha violencia tiene sus raíces en el patriarcado.

La antropología ha definido el patriarcado como un sistema de organización social en el que los puestos clave de poder (político, económico, religioso y militar) se encuentran, exclusiva o mayoritariamente, en manos de varones.

Ateniéndose a esta caracterización, se ha concluido que todas las sociedades humanas conocidas, del pasado y del presente, son patriarcales. Se trata de una organización histórica de gran antigüedad que llega hasta nuestros días.

Es evidente que no todas las sociedades se ajustan a la definición de patriarcado de la misma manera ni con la misma intensidad. Existen sociedades patriarcales que son más restrictivas que otras; mientras algunas son tolerantes, otras ejercen de manera autoritaria su poder manteniendo normas más rígidas para hombres y mujeres. Desobedecer esas reglas puede conducir a la muerte.¹

Celia Amorós dice que “el patriarcado no es una esencia, sino un sistema de dominación”.²

La relación entre los conceptos de patriarcado determinan patrones de comportamiento que le son asignados a cada género. Cada acto concreto tiene una carga simbólica específica. El análisis de las religiones, del lenguaje e incluso de la ciencia ha aportado mucho a la tarea de descifrar y entender el entramado de la violencia simbólica, que a veces es tan sutil que no se percibe como tal.

En mis cuentos, focalicé situaciones que ocurren con frecuencia en algunos pueblos de uno de los estados más pobres de la República Mexicana, el estado de Guerrero. Mi interés por destacar la violencia de género especialmente en este estado viene de que ahí nació y pasé parte de mi vida. Así que también fui testigo de muchos actos violentos hacia las mujeres.

El estado de Guerrero ha cambiado mucho en las dos últimas décadas; sin embargo, perder la vida en un estallido violento familiar continúa siendo un riesgo bastante común para las mujeres guerrerenses. La violencia hacia las mujeres no es exclusiva de este estado, ni

¹ Puleo, Alicia. *El reto de la Igualdad de Género*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, pp. 39-40.

² Amorós, Celia. *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona, Anthropos, 1991, p.25.

siquiera del país, pues los agresores y violadores de sus derechos existen en todo el mundo, pero, como ya lo mencioné antes, me enfocaré únicamente en esta región.

Guerrero es un lugar en el que las causas de mortalidad más importantes son el homicidio, los secuestros y las desapariciones forzadas; las mujeres, además, han tenido que resistir la práctica casi común de la violación y el asesinato. La falta de estadísticas desagregadas por sexo y tipo de delito dificultan conocer con exactitud las cifras de homicidios contra mujeres;³ sin embargo, la violencia contra el género femenino se sigue manifestando en un índice alto, según la más reciente encuesta del INEGI.⁴

³ INEGI, *Panorama de violencia contra las mujeres*, ENDIREH. Guerrero, 2006. P. 17. En línea: <http://www.inegi.org.mx>. Consultado el 17 de diciembre de 2014.

⁴ Según los datos del INEGI, 61 de cada cien mujeres de 15 años refiere haber padecido al menos un incidente violento relacionado con su pareja. Guerrero, por la proporción de mujeres maltratadas, ocupa el 11° lugar en violencia de género en el país. Del total de las mujeres violentadas, un 50.7% han sido agredidas físicamente, 21 % sexualmente, 85% han padecido violencia psicológica, el 62.8% violencia económica. La violencia familiar extrema afecta a 28% de las mujeres casadas o en unión libre. En la mayoría de los casos, las agresiones que sufren las mujeres son perpetradas por sus parejas. El hogar se ha convertido en el lugar más peligrosos para las guerrerenses, toda vez que ahí ocurren el 65.4% de las violaciones a sus derechos humanos: el 57% de los homicidios, el 78% de las lesiones, y el 45.5% de las violaciones sexuales, de acuerdo con un diagnóstico de organizaciones civiles de la entidad.

Según datos de la ONU, en Guerrero el 39% de las mujeres casadas mayores de 15 años han sufrido algún tipo de violencia por parte de sus parejas, mientras que el 27.8% fue víctima de violencia extrema durante su relación. En México, aunque la Constitución y la Firma de Tratados Internacionales garantizan los derechos de las mujeres, hay alrededor de 130 mil mujeres que viven en estado de violación recurrente de sus derechos fundamentales. Son mujeres recluidas en lugares pequeños, privadas de la libertad para decidir en aspectos básicos de su vida, coartada su libertad de manera temporal, sin juicio previo, aprisionadas en un espacio privado en el que la mayoría de las veces, no tienen acceso las autoridades. Mujeres detenidas en el ámbito de su hogar sin haber cometido delito alguno, o al menos, no evidente, y no juzgado. En ese lugar viven torturas, maltratos, vejaciones, insultos, golpes y violaciones sexuales, etc. Esas mujeres carecen, la mayoría de las veces, de los medios ideológicos y económicos que les permitan salir de manera definitiva de esas situaciones de dependencia, de reclusión, de abuso y de violación de sus derechos. Éstos son exigibles, pero el desconocimientos de ellos, las aleja de la posibilidad de empoderamiento de la situación. Muchas veces el Estado no puede intervenir en ese ámbito privado donde se les está violentando. Así, la mayoría de los delitos que ocurren en los hogares no son tipificados como tales, lo que permite que ese tipo que ese tipo de violencia continúe con grandes dosis de clandestinidad e impunidad.

Como ya lo había mencionado, este trabajo surge de la necesidad de comunicar la realidad de la que fui testigo, y de la urgencia de develar algunas de las acciones que marcaron mi infancia. El cuentario “Los verdugos de Eva” lo escribí con la idea de externar a modo de catarsis algunos de los actos de violencia que dejaron huella imborrable en mi memoria. Estos relatos buscan exponer a través de sus diálogos, un vínculo entre la realidad que padecen algunas mujeres y una vivencia personal. Como un acto de comunicación, estos cuentos pretenden generar en el lector una reacción de choque, una especie de toma de conciencia como un intento por erradicar, o al menos disminuir, la violencia hacia las mujeres. El primer cuento de este trabajo, y que precisamente es el que da el título a este cuentario, lo nombré de esta manera por la mujer originaria. Eva, como nombre, hace referencia al tiempo desde que la mujer ha sido violentada.

Durante el estudio de la licenciatura, leí y aprendí las formas narrativas de escritores sangrientos y violentos, pero también comprendí que la violencia no sólo se manifiesta con sangre, cabezas cortadas o contusiones, sino que la violencia puede también manifestarse de forma tan sutil que puede pasar desapercibida. Mis cuentos también pretenden dar a conocer que la violencia no sólo se manifiesta mediante golpes, sino también por medio de la significación que se le da a las palabras, gestos o actitudes.

La violencia contenida en el lenguaje puede ser tan sutil que es un tipo de agresión aceptada y ha llegado a ser normalizada dentro de la forma de comunicación que se utiliza en la sociedad.

Desde mi infancia, he sido testigo de violencia contra las mujeres no sólo de mi comunidad, sino dentro de mi propia casa. Mi padre era autoritario, cuando solicitaba que le lleváramos algo, lo quería al instante y, si no lo encontrábamos y lo poníamos en sus manos al momento, al llegar hasta donde él estaba nos recibía con una bofetada. La mayoría de mis hermanas no estudió porque mi padre no les permitió ir a la escuela; él decía: “¿para qué van a estudiar si de todos modos se van a casar y las va a mantener el marido?”. Su frase preferida era “las mujercitas, en su casita, se ven más bonitas”.

Las cosas con mi madre eran peores. Cuando él llegaba del campo, quería ya la mesa puesta y las tortillas calientes, si éstas no estaban en el punto exacto como él las deseaba, le lanzaba a mi madre a los pies el chiquihuite (canasto tejido de palma). Mi padre ejercía control total en la casa. Mi madre sólo estudió hasta el tercer año de primaria porque mi abuelo no le permitió ir al poblado vecino a continuar estudiando. En un intento por salir de la situación tiránica de su hogar, se casó a los 15 años. Salió de un hogar violento para ingresar a otro peor. No tuvo acceso a métodos anticonceptivos por vivir lejos de cualquier centro de salud, por eso parió trece hijos. Mi padre ejercía sobre ella violencia sexual y física cuando se negaba a tener relaciones. Tuvo más de una docena de hijos, once vivimos y dos murieron a escasas semanas de nacidos por falta de atención médica.

Mi madre no tuvo acceso a medios de anticoncepción por la lejanía de los servicios. Y si lo hubiera tenido, mi padre no la habría dejado usarlos debido a sus creencias religiosas. La ciudad más cercana es Iguala, Guerrero, ubicada a una hora por terracería: medio tramo lo hacíamos caminando y la otra mitad en autobús. El único medio de transporte era el tren que pasaba a dos cuadras de mi casa. Éste daba servicio a las 7 de la mañana y regresaba a las 4 de la tarde, aunque a veces se descomponía y quedábamos incomunicados por semanas.

La violencia

La violencia es el acto que trasgrede la voluntad del otro. Cualquiera que sea el ámbito, no sólo el físico, que es el más evidente, se trata siempre de actos de abuso, de sometimiento, de supresión del otro, a veces implica el asesinato. La mayoría de las veces, la violencia se vuelve parte de nuestra cotidianidad, se naturaliza. Es decir, se vuelve parte de nuestra socialización y dejamos de percibir esos actos como violentos.⁵

En pleno siglo XXI, la igualdad en los derechos sociales de la mujer no se ha logrado. En los medios rurales el derecho a la educación resulta vulnerado pues se les sigue dando más oportunidad a los hombres que a las mujeres para asistir a la escuela. En la cuestión laboral, tampoco se le otorga a la mujer el mismo sueldo que a los hombres, aun desempeñando el mismo trabajo en iguales condiciones que los varones.

En cuanto a los quehaceres domésticos, tampoco hay equidad. A las mujeres todavía se les siguen asignando la educación, los cuidados de los hijos y de los ancianos enfermos de su hogar, mientras que a los hijos varones se les exime de estas tareas. Esto crea una considerable desigualdad en cuanto a oportunidades para la superación personal y profesional de las mujeres. La norma general es que en los medios rurales los hombres salgan del hogar para estudiar o trabajar, mientras que las mujeres se deben quedar en casa para encargarse de las tareas domésticas asignadas a su género. Estas prácticas de poder tienen raíces milenarias y están sostenidas por largas tradiciones culturales que siguen manteniendo un desequilibrio en las relaciones y oportunidades para las mujeres.

⁵Kaufman, Michel. *Hombres: Poder, Placer y Cambio*. Santo Domingo, CIPAF, 1989. p. 26.

Es innegable que las mujeres viven bajo el riesgo diario de recibir agresiones físicas, psicológicas, económicas y sexuales, en una forma que no tiene paralelo con los hombres: la violencia o la amenaza de violencia limita las opciones que tienen las mujeres en todas las esferas de la vida. En el hogar, en la escuela, en el trabajo y en la mayoría de los espacios comunitarios, todas esas formas de violencia impiden la cabal participación de la mujer en la sociedad.⁶

La mayoría de las mujeres son violentadas en sus propios hogares, teniendo consecuencias inmediatas en su aspecto físico, pero también afectación psicológica a corto o largo plazo. Los efectos de la violencia sobre la mujer están acompañados por una sintomatología física que suele ser ubicada por los profesionales en el difuso campo de lo psicosomático. Cefaleas, dolores de espalda, trastornos gastrointestinales, disfunciones respiratorias, palpitaciones, hiperventilación son algunos de los síntomas más frecuentes, acompañando a cuadros psíquicos tales como estados de ansiedad, fobias, agotamiento o depresión.⁷

Una mujer maltratada incorpora modelos de dependencia y de sumisión. Experimenta un verdadero conflicto entre su necesidad de expresar sus sentimientos y el temor que le provoca la posible reacción de su agresor. El miedo y la represión de sus necesidades emocionales la llevan a menudo a expresar su temor a través de esos síntomas. Habitualmente experimenta sentimientos de indefensión e impotencia, que la vuelven insegura y temerosa.⁸

⁶ INEGI. *Panorama de violencia contra las mujeres*, ENDIREH. Guerrero, 2006 p.41. En línea: <http://www.inegi.org.mx>. Consultado el 17 de diciembre de 2014.

⁷ Corsi, Jorge. *La violencia hacia la mujer en el contexto doméstico*. p.19. En línea: <http://tiva.es/articulos/www.corsi.com.ar.pdf>. Consultado el 29 de enero de 2015.

⁸ *Ibidem*. p.17.

El hombre violento suele adoptar modalidades conductuales disociadas: en el ámbito público, se muestra como una persona equilibrada y, en la mayoría de los casos, no evidencia en su conducta nada que haga pensar que es una persona violenta. En el ámbito privado, en cambio, se comporta de modo amenazante, utiliza agresiones verbales, actitudinales y físicas, como si se transformara en otra persona. Su conducta se caracteriza por estar siempre "a la defensiva" y por la posesividad respecto de su pareja. La mujer maltratada, por su parte, suele ocultar ante el entorno social el padecimiento que sufre en su contexto conyugal.

Cuando el maltrato es muy grave y prolongado, puede generar ideas de suicidio o de homicidio. El abuso emocional tiene como consecuencia que la mujer comience a verse a sí misma como inútil, tonta o loca, tal como el agresor le dice constantemente que es. Muchas veces puede llegar a dudar de sus propias ideas o percepciones.⁹

Los síntomas de la violencia ejercida contra las mujeres que se han mencionado aquí se han convertido en material literario para la elaboración de mis cuentos.

La violencia a través del lenguaje

La agresión hacia las mujeres también está presente en el lenguaje cotidiano. Algunos dichos y refranes son misóginos porque hacen alusión a la poca valía o al desprecio del que es objeto una mujer. El lenguaje muchas veces lleva implícito un tipo de violencia que puede pasar desapercibido por su cotidianidad y porque de manera visible no deja huella. Una palabra discriminatoria es una violencia lingüística en sí. A la mujer se le asigna de manera arbitraria el papel de sumisas, carentes de inteligencia, abnegadas, malas o poco fiables. Como lo

⁹ Ídem, p.18.

podemos constatar en las expresiones que son vox populi a través de chistes y refranes: “Calladita de ves más bonita”, “La mujer en casa como con la pata rota”, “No seas chismoso, pareces vieja”.

El lenguaje simbólico tiene de trasfondo la discriminación; ésta puede verse reflejada en una serie de actitudes concretas en cuanto a conductas sociales, por ejemplo, la burla, el menosprecio, el ninguneo, entre otros. La mayoría de los refranes violentan a las mujeres, por ejemplo:

“A la mujer y a la cabra, sogá larga”.

“ A la mujer y la burra, cada día una zurra”.

“La mujer, como la escopeta, cargada y en un rincón”.

“Más valía llorarlas muertas y no en poder ajeno”.

Los refranes antes mencionados, portan un mensaje que intenta justificar el maltrato físico hacia las mujeres. Éstas pueden o deben ser golpeadas para ser domesticadas por el varón dominante. Los siguientes ejemplos hacen referencia a la poca inteligencia de la mujer o a su poco valor como ser humano, a su minusvalía o a la maldad que llevan implícita.

“La mujer es un animal de pelo largo y pensamiento corto”.

“En cojera de perro y lágrimas de mujer: no hay que creer”.

“La mujer de mi país, es un mono natural, cuanta moda se presenta, ella la tiene que usar”.

“La mujer es el piojo del hombre”.

“Cuando Dios hizo al hombre, ya el diablo había hecho a la mujer”.

Algunos dichos y refranes también llevan mensajes estereotipados y prejuiciosos contra las mujeres, calificándolas como tontas o ignorantes. Las mujeres son comparadas con animales y a veces con el demonio, adjudicándoles su maldad.

“Las mujeres y las pistolas para funcionar necesitan hombre”.

“Dolor de mujer muerta, dura hasta la puerta”.

“El hombre propone, Dios dispone y la mujer todo lo descompone”.

“Guárdeme Dios de las malas mujeres, que de las buenas ya me guardaré yo”.

“No hubiera malos hombres, si no hubiera malas mujeres”.

“Las mujeres son la perdición de los hombres”.

Desde el contexto patriarcal todos los males que les ocurren a los hombres, son por culpa de las mujeres. De esta manera podemos ver que la discriminación lingüística y social hacia la mujer, se crea y se reproduce desde un contexto masculino.

Es importante, entonces, crear nuevas formas de referirse a la mujer. La creación literaria puede asumir esta tarea.

Narrar literariamente la violencia

Este cuentario tiene como propósito principal desarrollar el tema de la violencia en cuatro cuentos: “Los verdugos de Eva”, “La casa de las buganvillas”, “Con aroma de Jazmines” y “El destino”. Los cuentos comparten los códigos del realismo. En este tipo de relatos, las figuras simbólicas o metáforas tienen como finalidad develar al lector la violencia implícita en el texto.

El primer acercamiento que tuve con una narración donde se expresaba la violencia de una forma tan descriptiva y cruel fue dentro del curso titulado “Literatura latinoamericana del siglo XIX y XX” con el profesor Gilberto Jezreel Salazar, que incluyó dentro del programa al escritor brasileño Rubem Fonseca con dos de sus cuentos: “El cobrador” y “Paseo nocturno”. Estos dos relatos influyeron de manera significativa en mi forma de escribir. De este escritor recuperé la forma en la que construye las imágenes con palabras, y también la manera en la que recrea los sonidos para detonar sensaciones en el lector.

Los cuentos de Fonseca son tan descriptivos y sugerentes que nos podemos imaginar casi de forma nítida las masacres que ocurren dentro de sus narraciones. Este escritor tiene la destreza de pintarnos con brochazos veloces y precisos las escenas más crueles y sanguinarias en sus obras, a veces hasta dotarlas de sonidos y presentarlas como si se trataran de imágenes de una película, como lo podemos ver en los fragmentos de estos dos cuentos:

[...] Está en estado, dijo él señalando a la mujer, va a ser nuestro primer hijo [...] decidí ser misericordioso, y dije, puf, allá donde debía estar su ombligo y me cargué al feto [...] El hombre no decía ni palabra [...] Inclina la cabeza, ordené. La inclinó. Levanté el machete, sujeto con las dos manos [...] hice caer el machete, estrella de acero, con toda mi fuerza, justo en medio del pescuezo. La cabeza no cayó, y él intentó levantarse agitándose como una gallina atontada en manos de una cocinera incompetente. Le di otro golpe, y otro más y otro, y la cabeza

no rodaba por el suelo. Se había desmayado o había muerto con la condenada cabeza aquella sujeta al pescuezo. Empujé el cuerpo sobre el guardabarros del coche. El cuello quedó en buena posición. Me concentré como un atleta a punto de dar un salto mortal. Esta vez, mientras el cuchillo describía su corto recorrido mutilante zumbando, hendiendo el aire, yo sabía que iba a conseguir lo que quería. ¡Broc!, la cabeza saltó rodando por la arena...¹⁰

[...] Sólo se dio cuenta que yo iba encima de ella cuando escuchó el sonido del caucho de los neumáticos pegando en la cuneta. Di en la mujer arriba de las rodillas, bien al medio de las dos piernas, un poco más sobre la izquierda, un golpe perfecto, escuché el ruido del impacto partiendo los dos huesazos, desvié rápido a la izquierda, un golpe perfecto, pasé como un cohete cerca de un árbol y me deslicé con los neumáticos cantando, de vuelta al asfalto. Motor bueno, el mío, iba de cero a cien kilómetros en once segundos. Incluso pude ver el cuerpo todo descoyuntado de la mujer que había ido a parar, rojo, encima de un muro, de esos bajitos de casa de un suburbio.¹¹

Fernando Vallejo, en su novela *La virgen de los sicarios*, retrata la violencia de Medellín, su ciudad natal. En esta narración Vallejo describe de forma casi fotográfica la vida convulsa y agresiva de Colombia, donde el narcotráfico y los sicarios tienen el papel protagónico en las calles. En el espacio narrativo de la historia, la mayoría de las masacres ocurren en plena luz del día.

[...] de regreso, presencié un atraco: veo que en la fila de carros detenidos por el semáforo un hombre grasoso, un cerdo, está atracando con un revólver un jeep que maneja un muchacho: uno de esos muchachitos linditos [...] El muchacho sacó las llaves del jeep, echó a correr [...] con el atraco frustrado, burlado, hijueputiado, se dio a perseguir al muchacho disparándole. Uno de los tiros lo alcanzó. Cuando cayó el muchacho, el hombre se le fue encima y lo remató a balazos...¹²

[...] entre la multitud ofuscada una señora de culo plano que iba adelante, cuando ipum!, que se enciende la balacera: dos bandas se agarraron a bala. Balas iban y venían, parabrisas explotaban y caían transeúntes como bolos en la barahúnda endemoniada. “¡Al suelo! ¡Al

¹⁰ Rubem Fonseca, “El cobrador”, pp. 6-7.

¹¹ Rubem Fonseca, “Paseo nocturno”, p. 2.

¹² Fernando Vallejo, *La virgen de los sicarios*, p. 19.

suelo!" [...] Seguí por entre las balas que me zumbaban en los oídos como cuchillas de afeitar...¹³

Fue la tarde de un martes (pues en la mañana habíamos vuelto en peregrinación a Sabaneta) cuando el punkero "marcó cruces". "¡Ahí va! ¡Ahí va!" exclamó Alexis cuando lo vio en la calle. Ni tiempo tuve de detenerlo. Corrió hacia el hippie, se le adelantó, dio media vuelta, sacó el revólver y a pocos palmos le chantó un tiro en la frente, en el puro centro, donde el miércoles de ceniza te ponen la santa cruz. ¡Tas! Un solo tiro, seco, ineluctable, rotundo, que mandó a la gonorrea esa con su ruido a la profundidad de los infiernos...¹⁴

De este escritor recuperé la forma en que usa el lenguaje coloquial. También la manera como describe los hechos violentos y los contrapone con evocaciones del pasado.

En su libro *Representación de la estética de la hiperviolencia*, María Guadalupe Pacheco Gutiérrez dice que:

“Tanto Rubem Fonseca como Fernando Vallejo, han logrado poner al desnudo las entrañas de la vida urbana de sus respectivos países, usando un lenguaje descarnado y brutal, pero al mismo tiempo cargado de poesía. Ambos en su impecable ficción cuestionan con actitud crítica la problemática existencial del hombre en las sociedades de hoy, y nos muestran que la única literatura capaz de perturbar el sueño de sus lectores es aquella que se enfrenta con la realidad en una lucha cuerpo a cuerpo”.¹⁵

¹³ *Ibíd.*, pp. 23-24.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 26.

¹⁵ Pacheco Gutiérrez, María Guadalupe, *Representación estética de la hiperviolencia* en *La virgen de los sicarios de Fernando Vallejo y Paseo Nocturno de Rubem Fonseca*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2008, p.60.

Ambas obras dan cuenta de una violencia extrema que ocurre en los países de origen de estos dos escritores. En los últimos años la violencia y el narcotráfico no son exclusivos de Medellín, Colombia, ni de Brasil, porque en fechas recientes, México también ha pasado a engrosar las listas de los países que sufren estos terribles males.

En años recientes, estos temas también han pasado a figurar en la literatura que se escribe principalmente en el norte de nuestro país. En muchos relatos aparece la figura de un narcotraficante o un sicario. La novela *Perra brava*, de la escritora regiomontana Orfa Alarcón, tiene como personaje protagónico a Fernanda Salas, una joven universitaria que se involucra sentimentalmente con Julio, un poderoso jefe de sicarios del narcotráfico.

Esta joven es agredida física y emocionalmente por su novio, un asesino a sueldo que la transformará en una persona cruel y despiadada. De la escritora Orfa Alarcón, recuperé la forma narrativa que utiliza en esta novela. Orfa usa elementos simbólicos para representar la violencia y la transformación del personaje de Fernanda Salas. En esta novela, se emplea el elemento simbólico de la *carne*. Éste al inicio representa en la vida del personaje protagónico, la inocencia y curiosidad sexual.

Dante me envió un mensaje al celular diciéndome que ya le había echado “ojo niño menor pero looser, vámonos qando digas”, a lo que yo le contesté “VOY A ENTRAR 1RATO DEJENME SOLA VI CARNE”.¹⁶

— No me presentaste, Mara— dije al acercarme, sin saludarla, para que quedara claro que era él a lo que iba [...] me le adelanté al salir del baño para que cuando volviera, me encontrara fajándome con “el ejemplar”.¹⁷

¹⁶ Orfa Alarcón, *Perra brava*, p. 15.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 16-17.

Más adelante este mismo elemento, le “repugna” a Fernanda. Al inicio de la novela se menciona que a ella le da asco tocar *carne cruda*. Posteriormente vuelve a aparecer este símbolo de la *carne* en un párrafo donde se narra la sensación que a Fernanda le provoca la carne roja y chorreante. Luego ella menciona que a diferencia de Julio, le disgusta la sangre. Aquí el símbolo de la *carne*, también representa el hartazgo que Fernanda siente por la actividad que desempeña Julio como sicario. Y también, por el mismo Julio, porque empieza a mostrar debilidad y ella quiere a un hombre fuerte que la proteja.

A diferencia de Julio, yo nunca tuve necesidad de sangre. [...] la sangre siempre me ha causado náuseas. No puedo pasar por la sección de carnes del supermercado sin vomitar. [...] veo carne cruda, roja, pesada, chorreante y lanzo por la boca cualquier cosa que haya comido anteriormente. [...] Sólo Sofia me entiende [...] llega a la casa con toppers llenos de carne ya preparada [...] Si no como carne, me quedo con tanta hambre como si no hubiera comido nada. ¹⁸

Después aparece otra vez el mismo símbolo de la *carne*, pero ahora *asada*. El significado de este elemento es la idea de Fernanda de asesinar a la amante de Julio, pero también a su propio padre, para evitar que agreda a su hermana o a su sobrina.

Quiero que la carne en mi plato esté bien cocida. Bisteces gruesos con la marca del asador impresa. Que la carne en mi plato sea una porción triple [...] Quiero destrozarla con mis dientes, llegar al hueso. [...] Julio, carnita asada casi quemada.¹⁹

Casi al final de la novela volvemos a encontrar la palabra *carne*, pero ahora llevada a su máximo nivel de exterminio. Fernanda repite que le da asco la *carne cruda*, por eso no

¹⁸ *Ibidem*, p.194.

¹⁹ *Ídem*.

cortará en tiras a su rival. Sólo le prenderá fuego. *Carne quemada* (incendio, cuerpo carbonizado).

[...] no voy a tocar a la puta barata. [...] me causa náuseas esa pinche pendeja [...] No voy a cortar su piel en tiras, como merece. Yo sólo prenderé el fuego. Él dejará lista su carne para mis dientes.²⁰

A diferencia de la forma narrativa de Orfa Alarcón, Emilia Pardo Bazán utiliza en sus obras una forma peculiar de suavizar el lenguaje para restarle horror a las escenas violentas. En el cuento “Los huevos arrefalfados”, Emilia describe los golpes y lesiones que tiene Martina, pero en lugar de decir que tiene moretones, contusiones o heridas, dice: “tenía en sus honestas carnes, un cónclave, un sacro colegio, con cardenales de todos los matices, del rojo iracundo de la cresta del pavo, hasta el morado oscuro de la madura berenjena”.²¹

De esta autora retomo el uso de las figuras retóricas como las metáforas, el símil o las comparaciones, como una estrategia descriptiva para disfrazar el horror de la violencia que contienen algunos de los cuentos de “Los verdugos de Eva”.

Las agresiones en el ámbito de lo privado (en los hogares), muchas veces pasan desapercibidas porque la mujeres se acostumbran a los malos tratos y optan por ignorarlos. En el cuento “Helena”, de la escritora paraguaya Renée Ferrer, vemos al personaje inmerso en una relación de vasallaje con el esposo y con los hijos. Los quehaceres domésticos son la obligación de Helena, por el simple hecho de ser mujer. Mientras su esposo la contempla acostado desde su catre:

El viento le golpeaba las mejillas, allí en el patio, y las manos cuarteadas le dolían al sumergirlas en el agua helada de la latona; el

²⁰ *Ibíd.*, p.195.

²¹ Pardo Bazán Emilia, *Cuentos*. Madrid, Editorial Eneida 2006, p.4.

jabón le picaba en las cutículas y las yemas de sus dedos flacos se le volvían rugosas como pasa de uva.²²

[...] En su cuerpo delgado, la barriga mostraba el ombligo saltón bajo la tela gastada del vestido. [...] después de mirar a sus hijos que dormían entreverados en el catre, se fue bamboleando lentamente su preñez hacia el barranco, con un balde en cada mano.²³

Helena permanece en un estado de embarazo casi eterno. Ambrosio, su marido, la ultraja sexualmente, y la obliga a tener un hijo tras otro, además de humillarla al tener relaciones con otras mujeres en su propia casa, mientras ella aguarda en el patio bajo la lluvia.

[...] Ambrosio llegaba de madrugada destilando caña. Entonces se ponía violento; le pegaba por motivos que averiguaba al día siguiente, o la poseía sin más, semidormida. Dejándole las carnes doloridas por las impetuosas arremetidas del deseo. Y ella se quedaba ahí, muy quieta, con las piernas laxas, semiabiertas, mirando el techo en la oscuridad, y pensando que la quería, que eso debía ser el amor y que así nomás eran estas cosas.²⁴

Ambrosio no era malo, en realidad: la usaba cada noche y sólo la golpeaba de vez en cuando. [...] Varias veces la tuvo a la intemperie toda la noche para usar el catre con otra, mientras sus hijos dormían en un rincón del cuarto; pero a eso ya estaba acostumbrada.²⁵

El personaje de Helena es violentado de diferentes maneras por su propio esposo. Helena es sumisa y abnegada. Ella acepta la violencia que le infringe su marido siempre y cuando no agrede a sus hijos. El día que Ambrosio golpea a uno de sus vástagos, Helena lo asesina.

²² Ferrer Renée, *La seca y otros cuentos*. Asunción, Ediciones Alta Voz., 2005, p.25.

²³ *Ibíd.*, p. 25.

²⁴ *Ibíd.*, p. 26.

²⁵ *Idem.*

Las narraciones de la uruguaya Renée Ferrer retratan el modelo patriarcal a la perfección. Sus relatos son ágiles y amenos, para rematar con un desenlace inesperado. La forma de describir las agresiones que padecen los personajes femeninos de sus cuentos, la sumisión aunada a sus desenlaces sorprendidos, es lo que recupero de la escritora Renée Ferrer para incorporarlo a las historias del cuentario “Los verdugos de Eva”.

Las narraciones mencionadas y citadas hasta aquí constituyen mis principales influencias y modelos para narrar la violencia, no sólo como ejercicio creativo, sino con la finalidad de mostrar ese problema al que me he enfrentado desde pequeña.

Relación literatura-sociedad

El arte de contar desde tiempos remotos ha estado vinculado con el desarrollo de las sociedades. La naturaleza racional de la humanidad ha permitido que a lo largo de su evolución haya plasmado en la literatura la experiencia que ha ido adquiriendo con el tiempo. Si el desarrollo del lenguaje se consiguió por un interés común de entendimiento, el deseo de llevar el proceso de comunicación a otros niveles constituyó uno de los factores principales en la evolución de todas las sociedades. En el marco de este nivel de comunicación, la literatura ocupa un lugar de suma importancia. Desde sus primeras manifestaciones en la antigüedad, el hombre ha conseguido perpetuar a través de la palabra escrita sus vivencias y dejar huella de su paso por este mundo. En el contexto literario, son diversas las relaciones que se pueden establecer entre literatura y sociedad. Para ello, es necesario analizar las obras de manera interpretativa, es decir ir más allá de la configuración lingüística del texto.

La sociología de la literatura, en concreto, establece conclusiones que parten de la consideración de la literatura como realidad, fenómeno o institución social, en tanto que relaciona las obras literarias con sus creadores, la sociedad y el momento histórico en que nacen y la orientación política que las inspira. Georg Lukács, considera que “abordar el análisis de la literatura es sencillamente verla como un cúmulo de realidades tanto políticas como sociales”.²⁶ Por lo tanto, hay que verla como una totalidad artística.

La literatura es un medio de comunicación que reproduce y disemina patrones de conducta, identidades, representaciones y el imaginario de quienes escriben y de la época en la que las obras son escritas. Es decir, existe una estrecha interrelación entre literatura y sociedad. La obra literaria constituye una representación de los elementos ideológicos que predominan en la época y en el contexto social en que es concebida. La ideología se constituye y se reproduce a partir de las formas en que lo que decimos y creemos, se conecta con las estructuras y con las relaciones de poder en la sociedad en la cual vivimos.

Las obras literarias se vinculan a las diversas concepciones sobre la naturaleza humana y social: el poder, las interpretaciones del pasado, las perspectivas sobre el presente y las proyecciones futuras, que tienen un firme asidero sociocultural.

Del mismo modo, tal como plantea Terry Eagleton, en el proceso de apropiación de la obra literaria “las sociedades rescriben, así sea inconscientemente, todas las obras literarias que leen. Más aun, leer equivale siempre a rescribir”.²⁷ Por lo tanto, el consumo de una obra

²⁶ Lukács Georg. *Aesthetics and politics*. Great Britain, Verso editions, 1980, p.87. Traducción mía.

²⁷ Eagleton, Terry. *Una Introducción a la Teoría Literaria*. José Esteban Calderón, (trad.), México, FCE, 1998, p.11.

literaria no es un consumo pasivo, sino una interpretación del contenido de acuerdo a determinados parámetros también sociales y culturales a través de lo que nos preocupa o interesa.

Desde esta perspectiva, la literatura tiene una profunda validez como fuente histórica y sociocultural. Se produce un diálogo entre la escritora o escritor, la obra literaria y la persona que consume la obra con el entorno sociocultural como eje transversal. Por ello es especialmente importante el papel de la obra en la sociedad en la que ha sido escrita. La obra literaria es un puente entre la experiencia personal de quien escribe y la reproducción de las relaciones sociales en las que la escritora o el escritor han estado inmersos.

Generalmente se piensa que la función principal de la literatura es crear belleza por medio de las palabras, además de entretener, divertir y crear mundos diferentes. Es decir, usar la función estética del lenguaje, siendo su rasgo determinante la imaginación. Sin embargo, la literatura también puede ser un medio para ejercer la crítica y mostrar compromiso social.

En el ámbito estético, podemos decir que han sido usadas muchas y variadas herramientas como medio para dar a conocer hechos con los que no se está de acuerdo. Algunos autores han utilizado distintas voces y formas; otros, un método directo en el proceso narrativo de la obra. A veces, apelan a la ironía para demostrar la realidad de una sociedad herida e inconforme con los medios de poder. Los espacios usados en las obras literarias dan

cuenta de una realidad que afecta, aunque de distintas maneras, a los diferentes grupos sociales.

En la segunda mitad del siglo XX, la literatura latinoamericana contenía ya una fuerte crítica social, principalmente debido a la ola de dictaduras que se desarrollaron en distintos países. De esta manera, encontramos una literatura comprometida con el dolor y la pérdida, con la muerte en manos de enemigos que tomaron el poder de forma trágica y que sembraron el terror en la región causando estragos inolvidables para la sociedad. Pero no fue sólo la matanza o el sembradío de violencia impuesto por los regímenes dictatoriales aquello que las obras literarias en repetidas veces denunciaron, sino que hubo consecuencias de tipo económicas que golpearon, principalmente, a los más carentes de recursos; por tanto, la literatura se encargó de dejar constancia y de asumir el duelo y desventura de aquellos que no tenían la posibilidad o la capacidad de expresarse. La literatura también ha desempeñado la tarea de delatar cuestiones de desigualdad social o violencia de género.

La literatura en Latinoamérica, desde sus inicios, ha tenido muchos temas que denunciar, ha sido testigo de injusticias, llanto, sangre, desapariciones forzadas y muerte. Por ello, no es de sorprender el fuerte contenido de problemáticas sociales que trata; no resulta extraño encontrarse con las mismas temáticas en incontables obras. Los que entienden que la literatura puede y debe abordar estos contenidos afirman que el escritor no compone por que sí, sino que, desde que toma el compromiso de escribir, se ve afectado por la conciencia colectiva y lo lleva a reflejar la realidad que le rodea. El acto de escribir, es un proceso comunicativo histórico que exige que un creador ponga ante los ojos de un público, mediante una obra, los hechos que le acontecen en la vida real.

En este contexto, el autor crea un vínculo entre la realidad y sus vivencias. De este modo, revela por medio de sus historias situaciones con las que no está de acuerdo porque las considera injustas, fuera de la ley, atípicas y cree que deben ser dadas a conocer a los lectores.

Desde esta perspectiva y teniendo en cuenta el vínculo entre literatura y sociedad, me pareció importante abordar en los cuentos de “Los verdugos de Eva” una forma de narrar la violencia de género. Desde esta mirada, pretendo que dichas historias se lean como una crítica que provoque en el lector la desaprobación de la opresión y la agresión de la que son objeto los personajes femeninos de las narraciones y, por extensión, la que sufren las mujeres en la vida real. En mis cuentos abordo la violencia que padece el género femenino, principalmente en los medios rurales. El convertir a las mujeres en personajes principales implica darles la voz que nunca han tenido o que han perdido.

Mi forma de narrar la violencia

En “Los verdugos de Eva”, resuenan los ecos de otros escritores y escritoras, pero también los callejones de mi pueblo natal, un lugar diminuto encallado en los accidentes geográficos del Estado de Guerrero. La casa donde funciona el ayuntamiento, el camposanto con sus lápidas blancas, la iglesia, el patio de mi escuela primaria, los rostros difusos de mis compañeros de clase y las caras de los vecinos de mi infancia.

También están presentes los corredores y la fachada del hogar de mi abuela, el sótano de la vivienda del tío Juan, la cocina de la tía Agustina, los gallineros de la tía Rosa, las plantas de jazmines de mi madre, al igual que los puestos del mercado del pueblo de

Mayanalán, las tiendas de abarrotes apretujadas de mercancía, el kiosco con su blanca fachada, los caballos del tío Valdemar, sus espuelas y sus sombreros de Tlapehuala.

Las facciones y los ojos verdes de mi primo Daniel, la silueta esbelta de mi hermana Paula, el aroma de la tierra después de una tarde lluviosa, el rumor del agua del río, el canto de los pájaros al ocultarse el sol, el brillo de las luciérnagas, el sonido de los grillos en el campo y el calor sofocante con temperaturas, a veces, de más de cuarenta grados. Las visitas a la casa de mi abuela, donde a pesar del calor, se tomaba atole de avena con leche, o té de hojas de limón.

Las anécdotas de mi abuela se contaban al compás de la canción de “El Andariego” que todas las tardes ensayaba mi abuelo en su vieja armónica. Las historias siempre eran verídicas, casos ocurridos en nuestro pueblo o en las localidades vecinas. Entre sorbo y sorbo de su taza floreada, troceaba galletas marías y, mientras las iba remojando, le contaba a mi madre los casos de esas mujeres maltratadas por sus maridos, sus novios o sus hijos. Y con el Jesús en la boca, terminaba de relatar lo ocurrido.

He sido desobediente por naturaleza, así que aunque mi madre y mi abuela me indicaban que me fuera a jugar a la sala porque esas eran pláticas de adultos, yo fingía obedecer, me iba a jugar a la sala un rato y, cuando estaban más entretenidas en la historia, disimuladamente me sentaba cerca de la mesa y me acomodaba el cabello detrás de las orejas para escuchar mejor.

Desde pequeña los relatos de mi abuela despertaron mi imaginación. Recuerdo que la casa de mi madre era pequeña, así que sólo había dos recámaras. Una donde dormían todos mis hermanos. Y otra donde dormía yo con mis seis hermanas. Todas las noches, me ofrecía

a contar un cuento para todas, siempre y cuando cada una me diera al otro día diez centavos de los veinte que les daban para gastar en la escuela. Ellas decían siempre que sí, aunque de vez en cuando, alguna se aprovechara de mí por ser la más chica y me hiciera trampa.

De esta forma descubrí que, además de divertirme contando historias, podía también ganar algún dinero para comprar en la escuela los helados de elote que me gustaban.

Todos los relatos de este cuentario se desarrollan en el medio rural. El cuento “Los verdugos de Eva” está narrado desde la perspectiva de un narrador en tercera persona. El personaje principal es Eva, una mujer violentada por sus hijos. La historia transcurre en el sótano de su casa, donde fue encarcelada por sus propios vástagos:

Ella miró a su alrededor, el lugar donde se encontraba era nauseabundo, las botellas de plástico y los platos con restos de comida se estaban acumulado por los rincones. Las paredes estaban horriblemente manchadas de humedad, de restos de alimentos rancios, así como de desechos humanos. Ella se volvió a frotar las manos mientras hablaba para sí misma ¡Qué lugar tan frío y oscuro!, tan oscuro que el día se junta con la noche [...]

Este cuento usa la técnica de la retrospectiva, para dar cuenta de lo que sucedió antes de que Eva fuera hecha prisionera, y para relatar los motivos que llevaron a sus hijos a encarcelarla allí:

Eva llevaba quince años prisionera en el sótano de su casa, sus propios vástagos le habían impuesto ese tortuoso castigo. Después del trágico accidente en el que murió su esposo, ella se dedicó a atender el rancho. Sus hijos eran pequeños en aquella época. Simón, su hijo mayor, tenía doce años, y Edelmiro, diez, así que ella se encargó de administrar los bienes que le dejó su marido cómo le pareció pertinente, pero cuando sus hijos llegaron a la adolescencia las cosas cambiaron. Sin un padre como guía, los jóvenes tomaron el camino equivocado, se volvieron caprichosos, descarriados y altaneros [...]

[...] Llevaba ya cinco años de haber enviudado cuando conoció a Victorino Almazán, el administrador de un rancho del pueblo vecino. Él era un hombre joven, responsable y trabajador, tenía poco tiempo de haber quedado viudo, y no tenía hijos. Él conoció a Eva en una kermés, ésta se organizó para festejar al santo patrón del lugar y desde ese día, él ya no se la pudo quitar de la cabeza...

El personaje de Eva sufre agresión física, verbal y psicológica por parte de sus hijos. Ellos la encierran en ese horrible lugar al enterarse de que se ve a escondidas con su amante. Hablar de lo erótico es hacer referencia a lo oculto, lo velado. La sexualidad ha sido tratada tradicionalmente como un problema, lo que explica la cantidad de prohibiciones que la rodean.

En términos generales, el erotismo se ha construido para que lo vivan los varones, es por tanto, privilegio de ellos gozarlo, mientras que a la mujer sólo se le ha catalogado como objeto del deseo. Para el cuerpo femenino, en una sociedad patriarcal, está prohibido sentir placer. El fin único del contacto sexual es la satisfacción del varón y la continuidad de su especie.

La mujer que exprese su deseo y, más aún demande su satisfacción, será castigada por padecer andromanía, furor uterino, lujuria o cuanto término peyorativo se le ocurra al hombre para designarla. A veces se le llamará con el deshonroso calificativo de ninfómana, relacionándola con las ninfas, un tipo de hada de la mitología antigua que era catalogada como caprichosa y agresiva en su conducta sexual, al grado tal que era capaz de raptar al hombre que era objeto de su deseo.

En la sociedad patriarcal donde se desarrolla la historia, la sexualidad para las mujeres sólo está permitida para formar una familia. La trasgresión de las normas, consideradas como sagradas, sólo dará lugar al libertinaje, que, junto con la locura, será castigado con la

reclusión. El sexo puramente dirigido hacia el goce se limita, se encarcela, porque en el espacio de éste entra la locura. Y los que trasgreden las normas ya no pueden ni deben formar parte de la sociedad. En el relato vemos a Eva recordando las palabras de su hijo Edelmiro, que la cataloga como mala y lujuriosa:

[...] Él dice que soy mala, que estoy poseída por el demonio de la lujuria, pero yo sé que no es así. Él sólo lo dice por fastidiarme, amar no es pecado. Yo de verdad amaba a ese hombre, por eso lo veía a escondidas allá por la loma [...]

Eva, además de ser agredida física, psicológica y verbalmente por su hijo Edelmiro, también es agredida sexualmente por el mismo, como lo podemos ver en el siguiente fragmento.

[...]A veces entra cuando aquí está tan oscuro que no distingo ni mis manos, aun sacudiéndolas frente a mis ojos. Al escucharlo llegar me quedo quieta, aguantando la respiración. Él siempre trae un quinqué en la mano, la luz que sale de él me indica desde lejos que ya viene, entonces me quedo callada. Él me deja los platos de comida en un rincón, luego viene hasta mi cama, coloca el quinqué en el piso y se sube. Yo me hago la dormida, respiro lo más lento posible para que él no se enfade.

Entonces él levanta la cobija, me separa las piernas y se mete entre ellas. En esos momentos yo preferiría estar muerta, pero mejor me hago la dormida, cierro los ojos y muerdo mis labios para obligarme a callar. Edelmiro es muy nervioso, se pone de malas con cualquier cosa, por eso siempre me quedo acostada fingiéndome desmayada para no enfadarlo, no me gusta que esté molesto porque luego se desquita conmigo [...]

Después de padecer quince años de encierro en el sótano de su casa, alimentándose la mayor parte del tiempo con ratas y agua insalubre, Eva decide acabar con ese sufrimiento y, en un arranque de valentía, o quizá de locura, acaba con la vida de su hijo Edelmiro.

[...] Eva estaba decidida. La idea había rondado todo el día por su cabeza. Ella empuñó el fierro que le servía de daga para cazar los ratones, los pasos se acercaron cada vez más.

Un salto como de pantera, gritos, aullidos de dolor, claveles rojos deshojándose por el pecho de Edelmiro; de inmediato espasmos, estertores, manos llenas de pétalos rojos de claveles deshojados, olor acre, humedad pegajosa, caliente y pesada, luego la luz esparciéndose por el sótano, el crujir de la madera al consumirse, la estampida de las ratas, su chillido al chamuscarse, el olor a humo la obligó a toser [...]

Finalmente, Eva huye de su encierro.

[...]Con los ojos desorbitados contempló la escena. Enseguida caminó hacia la puerta de salida que ahora estaba abierta de par en par dándole la bienvenida.

El cuento “Con aroma de jazmines”, ocurre en las calles de un pueblo y el cementerio del mismo; está contado desde la perspectiva de un narrador en primera persona. El narrador es una mujer joven que regresa a su lugar de nacimiento después de veinte años de ausencia. Las ruinas de una casa abandonada y el aroma de los jazmines son el detonante para que inicie la historia. En esta parte del relato es cuando vemos el recurso de la retrospectión.

[...]Miro el suelo, hay losetas reventadas por la humedad. Allí como por milagro, abriéndose paso entre los escombros de las paredes derrumbadas, está la planta aromática. Su fragancia es exquisita. Me acerco y corto algunas de sus flores. Luego, casi sin darme cuenta empiezo a tejerlas, voy formando una corona mientras risas infantiles resuenan en mis oídos.

La imagen de dos niñas corriendo por el patio de la escuela primaria llega a mi mente. —Tú las traes, Anita— dijo mi amiga Lolis tocándome el hombro. Ella y yo corríamos con otras niñas, mientras coronas de jazmines adornaban nuestras cabezas [...]

El narrador cuenta la infancia del personaje principal. El maltrato y el abandono del cual es objeto Lolis, una niña que se queda huérfana a la edad de diez años. Su padre la agrede física y verbalmente y su hermano abusa sexualmente de ella. Después pasa de un verdugo a otro, al casarse con un hombre apodado “El Golpe”. El padre de Lolis es un hombre frustrado y cobarde, que ejerce su autoridad por medio de la violencia. Su hermano Lucas es un

muchacho que siguiendo el modelo patriarcal de su padre, y agrede a la niña en todo momento.

[...] Mi amiga un día me contó que su hermano la hostigaba. Lucas buscaba la mínima oportunidad para pasar cerca de ella, y como no queriendo la cosa, tocarle como por casualidad una nalga o un seno. A ella eso le molestaba, la hacía sentir incómoda. No le había dicho a su padre porque temía que él como siempre, le echara la culpa a ella de todo. Una noche mientras dormía, sintió a su hermano sobre ella. Trató de defenderse, pero él era más fuerte. Y esa noche, bajo los influjos del alcohol, la violó.

Al ir creciendo Lolis, también se agrandan sus angustias; la adolescencia trae consigo nuevos sinsabores. Nos enteramos de cómo la niña es objeto de violación por parte de su hermano. De la reacción de su padre al enterarse que huye con el novio, del maltrato también de su esposo, del asesinato del cual es objeto. Finalmente nos enteramos de cómo es vengada por las manos de la sirvienta.

El cuento “La casa de las buganvillas” se desarrolla en un ambiente entre lo público y lo privado. El personaje principal es Liboria, una mujer sumisa y dependiente de su marido. Ella ha sido violentada desde el inicio de su matrimonio. Algunos pasajes de la narración transcurren en las calles del pueblo. La pelea entre el personaje principal y la mesera tiene lugar en un callejón cerca del río. Otros suceden en el interior de la casa del personaje principal, en las instalaciones del ayuntamiento, y otras tantas en la sala de ensalmos del curandero.

La historia está contada desde la mirada de un narrador omnisciente y se utiliza el recurso del relato lineal. El narrador nos cuenta el maltrato del cual es objeto la mujer. El marido además de serle infiel, ejerce sobre ella violencia física, verbal y psicológica. Las

acciones de su marido provocan en Liboria depresión y pensamientos suicidas, hasta que conoce a don Constantino, un curandero que le devuelve las ganas de vivir.

[...]Cuando ella intentaba decirle algo, él se ponía un dedo sobre sus labios y le hacía señas para que se callara. Otras veces simplemente le decía que se fuera a la fregada. Luego daba un portazo y se marchaba. Ella se quedaba enojada. Se sentía triste, frustrada, ya nada la entusiasmaba. Se sentía inútil y vacía. El carácter se le fue agriando, ya no era la señora sonriente de siempre. Liboria empezó a sentirse hastiada. —Ojalá y tuviera el valor de suicidarme—, se dijo un día.

La mujer transforma sus pensamientos de tristeza y pesadumbre en un nuevo gozo por vivir, a tal grado que la gente empieza a murmurar a sus espaldas, cosa que a ella la tiene sin cuidado, por la seguridad y fortaleza que le dan las atenciones del curandero Constantino.

[...]Al llegar a su casa, Liboria fue directo a su cama. Su marido no estaba en casa y ella aprovechó para dormirse, antes que él llegara y le exigiera la cena. Se arrebujó entre las cobijas, el calor que todavía sentía en su cuerpo era muy agradable. Hizo esfuerzos por traer a su memoria la sensación de las manos de Don Consta sobándola, apretándola y estrujándola toda. El sólo recordar esos momentos la hacía sentir reconfortada.

[...]Y en el mercado, al pasar cerca de la recaudería, escuchó que unas vecinas comentaban [...]

— ¡Mira, allí viene la Libo! ¡Quién la viera tan modosita! Pero bien que se encierra todas las tardes con...

— Sí, dicen que Don Consta, de las seis pa'delante ya no atiende a ningún enfermo porque está ocupado con ella.

—Pues la ha de sobar bien bonito. Mírela qué jacarandosa camina...

Con el paso de los días Liboria y don Consta se entienden en todos los sentidos; una tarde el marido de Liboria los encuentra en pleno acto carnal. Es entonces cuando ella se da cuenta que ya no ama a Raymundo y que, en cambio, daría la vida por permanecer al lado del curandero.

[...] Liboria y el curandero emocionados como estaban, no escucharon nada, hasta que la puerta de la salita de curaciones se abrió, y allí los encontró Raymundo, dándole rienda suelta a las ganas.

Él se quedó pasmado unos instantes, no podía creer que Liboria fuera esa mujer que gozosa disfrutaba en los brazos de Don Consta. — A Raymundo se le crisparon los puños de ira y su boca se torció con un rictus de rabia—. De pronto, los amantes se dieron cuenta de que eran observados, los ojos de Liboria se cruzaron con los de Raymundo, y pudo ver a través de su mirada, todo el desprecio que por él se anidaba en su alma.

Al final de la narración, podemos observar una transformación del personaje principal. Liboria pasa de ser una mujer abnegada y sumisa a tomar la rienda de sus decisiones y su sexualidad. En cambio Raymundo no tiene el valor de enfrentarse a la realidad, y huye por la puerta falsa.

[...] Para Liboria esa noche fue la más maravillosa de su vida, se sintió libre de amar a Constantino con todas sus ganas, con todo el amor que desde hace tiempo llevaba acurrucado en su corazón. Ella gozó como nunca, porque el curandero no sólo le había sanado el cuerpo, sino también el alma.

[...] Al día siguiente, la casa de las buganvilias amaneció cerrada, mientras dos noticias se comentaban en el pueblo: Don Consta estaba estrenando mujer, y el cuerpo de un hombre había sido encontrado en el fondo del barranco.

El último cuento se titula “El destino”; está contado desde la perspectiva de un narrador omnisciente. Éste se desarrolla en una población donde la norma común es que las parejas tengan todos los hijos que Dios les dé, como rezan los preceptos eclesiásticos. Por tal motivo las familias de los medios rurales, procrean más hijos de los que pueden mantener. Luego entonces, las hijas salen del hogar a temprana edad para alquilarse como sirvientas y contribuir al sustento de su familia.

Brígida fue la mayor de sus hermanos y desde que empezó a caminar le asignaron la crianza de los más pequeños. Siempre se le veía cargándolos, aunque rebasaran su propio peso y estatura. Ella era la única mujer en su casa, y la mayor de sus once hermanos. Sus padres se dedicaban a la agricultura, eran analfabetas y tuvieron todos los hijos que Dios les dio, como rezaban las cantaletas del cura de su pueblo.

[...] Los padres de Brígida no tenían más ingreso que el que obtenían por la venta de su cosecha anual de maíz. Con esos ingresos inciertos, no les quedaba más que endeudarse en todas las tiendas del pueblo, para poder llevar a su casa lo mínimo para comer. Pedían fiado, siempre con la promesa de que pagarían en cuanto pizcaran el maíz. Cuando no les iba bien en la cosecha —que era la mayoría de las veces— debido a los caprichos del clima o a las plagas, que no lograban combatir por falta de dinero para comprar los insecticidas, era Brígida la que lograba salvar la situación. Pues desde pequeña la alquilaban como sirvienta para ayudar a pagar las deudas contraídas [...]

La incursión de las niñas al trabajo doméstico en un lugar distinto a sus hogares las predispone al abuso de los patrones o de los hijos de los mismos, que al verlas inocentes y poco instruidas, las hacen víctimas de maltratos físicos y abusos sexuales. El personaje principal de este cuento es Esperanza. Ella es hija de una mujer que se emplea como sirvienta en la casa de una familia acomodada. Después de un tiempo, Brígida es cortejada por el hijo de su patrón, quién con zalamería la engaña y la embaraza. Luego la abandona y se casa con otra, sin enterarse de que espera una hija de él.

Brígida es golpeada por su padre para que confiese de quién está embarazada, pero ella prefiere soportar la golpiza que pasar la vergüenza de decir que la hija que espera es de Ranulfo, el hijo de sus patrones.

[...] Brígida quedó embarazada de Ranulfo, pero nunca le dijo, ¿para qué? Si ella sabía que él nunca se casaría con una sirvienta. Al poco

tiempo su padre se enteró, y le propinó una terrible golpiza para que le confesara quién le había hecho la maldad, pero ella no dijo nada. Prefirió aguantar los golpes. Éstos eran menos dolorosos que la noticia que todavía corría por el pueblo, “Ranulfo estaba comprometido en matrimonio con Rosaura”, una mujer de facciones toscas, finos modales y muchos pesos en la bolsa. Motivo principal para que Ranulfo la eligiera como esposa.

En este relato se usa el recurso de la retrospectiva para contar los sucesos de la vida de Brígida, la madre de Esperanza. También para dar un contexto del ambiente en el que nace y crece su hija.

[...] Esperanza vivía con Agustina, desde que quedara huérfana a los trece. Habían pasado ya cinco años desde el fallecimiento de su madre debido a un paro respiratorio. Sin embargo, Esperanza aún seguía recordando sus ojos grandes, su dulce voz, su cabello rizado y abundante que, aunque canoso, aún la hacía lucir bien. Brígida, su madre, acababa de cumplir treinta años cuando murió. Pero su aspecto no concordaba con su edad, porque su cuerpo se había deteriorado de prisa debido a la enfermedad respiratoria que la aquejaba [...]

Brígida muere y deja a Esperanza en la indefensión. Sus patrones roban los ahorros de su madre, y la obligan a trabajar para ellos. Esperanza abandona la escuela, y al igual que su madre, cumple su destino como sirvienta. Más tarde queda desempleada, busca a su madrina y retoma la escuela. En el pueblo donde llega a vivir con su madrina conoce a Juan, su novio, pero también a Ricardo, quien se convierte en su peor pesadilla.

[...] Juan no era muy guapo, pero era tan estudioso y dedicado como ella, por eso se entendieron de inmediato, y se hicieron novios. Cuando inició el siguiente ciclo escolar llegó un alumno nuevo, se llamaba Ricardo. Se rumoraba que no era la primera vez que cambiaba de escuela. Él había estudiado en los mejores colegios de Puebla, pero de todos ellos había sido expulsado por su mala conducta. Debido a esto, su padre había decidido inscribirlo en una escuela pública.

En este cuento también se utiliza el recurso de la anticipación, como una forma de acortar la historia, y dar cuenta al lector en pocas palabras, de los sucesos que transcurrieron en el lapso de algunos años en la vida de los personajes.

[...] Así transcurrieron cinco años, ella terminó la secundaria y entró al bachillerato. Cuando iba en segundo año conoció a Juan [...]

Ricardo se convierte en acosador de Esperanza, la ofende y la humilla. Juan se entera y se suscita una riña entre ellos. El joven acosador, golpeado y herido en su orgullo, los amenaza de muerte. Amenazas que cumple al final de la historia.

[...] Esa noche, era más tarde que de costumbre, las horas se les habían ido platicando sin darse cuenta, los dos caminaron de prisa. Atravesaron el puente... cuatro motonetas con hombres encapuchados les cerraron el paso. Dos se bajaron y golpearon a Juan con garrotes, lo desmayaron y se lo llevaron. Esperanza corrió callejón abajo gritando, nadie la escuchó. Los encapuchados le cubrieron la boca y se la llevaron.

Al día siguiente hay una denuncia de la desaparición de Esperanza; el comisario y su madrina la encuentran sin vida. Al levantar el informe del suceso e indagar sobre el nombre y apellido de los padres de la joven, Ranulfo se da cuenta que Esperanza es su hija.

[...] Al llegar allá encontraron un cuerpo de mujer manchado de barro rojo, desfigurado de la cara y con huellas de haber sido violada. La macabra escena estaba rodeada de huellas de motonetas marcadas en el barro. Agustina, deshecha en llanto, identificó a su ahijada por el color de la blusa que llevaba. El comisario le preguntó cuál era el nombre de la muchacha, Agustina le dijo que Esperanza Rosales Hernández. Al escuchar esos apellidos el comisario se quedó pálido. Preguntó el nombre de los padres de la joven, Agustina le dijo que el de su mamá era Brígida Rosales Hernández o mejor dicho había sido, porque Dios la tuviera en su santa gloria. Y el de su padre no se sabía nada, pero pues daba igual porque nunca se había hecho cargo de la niña. Lo único que ella sabía era que Brígida había quedado embarazada del hijo de sus patrones [...]

Al oír esto, a Ranulfo le tembló la barbilla, sintió que todo el peso de los años se le venían encima: hubiera querido ser él, el que estuviera allí muerto, y no esa muchacha de cuya existencia se enteraba demasiado tarde.

Al llegar a su casa Ranulfo descubre que Ricardo y sus amigos son los asesinos de su hija y decide entregarlos a las autoridades. En el camino sufren un accidente y todos mueren, purgando así finalmente su condena.

[...]Ranulfo se frotó los ojos, la claridad penetró en su retina. Nunca vio el armatoste negro que se le vino encima. Destellos rojos, amarillos, azules y blancos hirieron sus ojos. Estrellas luminosas se encajaron en su carne, gritos, rezos, llanto. Dolores agudos en sus cabezas, pechos y vientres. Cuerpos girando en el aire. Luces amarillas, rojas y blancas. Luego nada... nada... nada...

En el diario de la tarde se leyó en primera plana: *“Choque fatal en la carretera Iguala-Chilpancingo...No hay sobrevivientes.”*

En el cuentario Los Verdugos de Eva, a pesar de no ver el color rojo en las narraciones como signo inequívoco de violencia, hay una violencia tan sutil que puede pasar desapercibida porque ha sido aceptada en la sociedad, y por tanto es violencia que ha sido normalizada.

Por medio de estas narraciones, también se pretendió generar en el lector un efecto de shock para hacerlo consciente de los resultados que puede ocasionar este tipo de violencia cuando alguien la padece de manera constante.

La finalidad de utilizar esta forma de violencia en el cuentario es la de mostrar al lector que este tipo de agresiones no deben ser la norma dentro de una sociedad ya de por sí dañada, porque no tiene justificación de ser. Por lo tanto, debemos pugnar por erradicarla, empezando a generar el cambio dentro de nuestros hogares y desde el entorno con el que tenemos contacto todos los días.

Bibliografía

- Alarcón, Orfa. *Perra brava*. México, Editorial Planeta, 2010.
- Amorós Celia, *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Barcelona, Anthropos, 1991.
- Barthes, Roland. *Literatura y Sociedad*. Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1969.
- Corsi, Jorge. *La violencia hacia la mujer en el contexto doméstico*.
<http://tiva.es/articulos/www.corsi.com.ar.pdf> Consultado el 29 de enero de 2015.
- Eagleton, Terry. *Una Introducción a la Teoría literaria*. José Esteban Calderón, (trad.), México, FCE, 1998.
- Fonseca Rubem. *El Cobrador*. Barcelona, Editorial Bruguera, 1981.
- Fonseca, Rubem. "Paseo nocturno". *Secreciones, excreciones y desatinos*. Barcelona, Seix Barral, 2003.
- Ferrer, Renné. *La seca y otros cuentos*. Asunción, Ediciones Alta Voz, 2005.
- INEGI, *Panorama de violencia contra las mujeres*, ENDIREH. Guerrero, 2006.
<http://www.inegi.org.mx>. Consultado el 20 de enero de 2015.
- Kaufman, Michel. *Hombres: Poder, Placer y Cambio*. Santo Domingo, CIPAF, 1989.
- Pardo, Emilia. *Cuentos*. Madrid, Eneida, 2006.
- Pacheco Gutiérrez, María Guadalupe, *Representación estética de la hiperviolencia en La virgen de los sicarios de Fernando Vallejo y Paseo Nocturno de Rubem Fonseca*. México, Miguel Ángel Porrúa, 2008, p.60.
- Puleo, Alicia. *El reto de la Igualdad de Género*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.
- Sarlo, Beatriz. *Literatura y sociedad*. Buenos Aires, Edicial, 2001.
- Vallejo, Fernando. *La virgen de los sicarios*. Madrid, Alfaguara, 1994.

Los verdugos de Eva

Para:

Mi amado esposo Ignacio, por su comprensión en mis noches de desvelos.

 Mi madre Alvina Delgado Pacheco, ejemplo de fortaleza y sabiduría.

 Mi padre José Arroyo Salgado, quién sólo repitió un patrón aprendido.

 Mis hijas Ivonne y Erandi a quienes amo incondicionalmente.

 Mi hijo Carlos Ignacio, quien con su amor me ilumina el día.

 Mis hermanas a quienes con todo mi cariño les dedico este cuentario.

Los verdugos de Eva

Un haz de luz se filtró por la única claraboya de la pared. Eva levantó la vista y miró embelesada el rayo de sol que por algunos minutos violó la hermeticidad de esa habitación. Después de contemplar un rato ese único contacto que tenía con el exterior, éste también la abandonó, dejándola nuevamente en penumbra. Su rostro ajado se contrajo en una mueca de resignación que dejaba ver a través de las costras oscuras que lo cubrían el verdadero color de su piel.

Se frotó las manos en un intento por alejar el frío que se había hecho huésped permanente de sus huesos. Después miró sus manos pobladas de arrugas, y removi6 de debajo de sus largas uñas la mugre que se había acumulado. Luego se rascó los brazos y los muslos huesudos, que se trasparentaban a través de sus harapos raídos. Eva cerró los ojos hundidos, casi cadavéricos y movió su cabeza lustrosa que mostraba unos cuantos cabellos que aún se aferraban a su cráneo. La maltrecha figura de la mujer se remataba en unos pies costrosos, rajados, con uñas negras y gruesas como garras.

Miró a su alrededor. El lugar donde se encontraba era nauseabundo; las botellas de plástico y los platos con restos de comida se acumulaban por los rincones. Las paredes estaban horriblemente manchadas de humedad, de restos de alimentos rancios, así como de desechos humanos. Ella se volvió a frotar las manos mientras hablaba para sí misma:

— ¡Qué lugar tan frío y oscuro! Tan oscuro que el día se junta con la noche. Estoy harta de estar aquí, ya no sé cuándo empiezan ni cuándo terminan los días, murmuró mientras balanceaba su enflaquecido cuerpo. Y continuó diciendo en voz baja.

—Quiero llorar de frío, mis huesos están helados y me duelen. Siempre estoy acostada en la cama, salvo cuando veo aparecer el único rayo de sol que entra a este lugar. Luego regreso al lecho polvoso, roto, raído y gastado por el tiempo. Y me quedo aquí cazando moscas, espiondo a los ratones que a veces solitos vienen, y se acercan a mis manos. El cuarto está lleno de sus cadáveres, huele a humedad y a ratones podridos. Pero eso ya no me importa.

Ella suspiró y continuó lamentándose. —Al principio me ganaba el asco, me pasaba el día con grandes arcadas. Ahora ya no. Me he acostumbrado a eso, pero no a la oscuridad, aquí siempre es de noche y no me gusta. Allá arriba había mucha luz, los grandes ventanales dejaban pasar los rayos del sol, había una chimenea muy grande en la biblioteca y a mí me gustaba arreglar y desempolvar los libros. Yo quiero una chimenea para calentarme, pero no me atrevo a decirle a él, me da miedo que se enoje y que me pegue como la otra vez que vino borracho.

A veces él entra cuando aquí está tan oscuro que no distingo ni mis manos, aun sacudiéndolas frente a mis ojos. Al escucharlo llegar me quedo quieta, aguantando la respiración. Él siempre trae un quinqué en la mano; la luz que sale de él me indica desde lejos que ya viene, entonces me quedo callada. Él me deja los platos de comida en un rincón, luego viene hasta mi cama, coloca el quinqué en el piso y se sube. Yo me hago la dormida, respiro lo más lento posible para que él no se enfade.

Entonces él levanta la cobija, me separa las piernas y se mete entre ellas. En esos momentos yo preferiría estar muerta, pero mejor me hago la dormida, cierro los ojos y muerdo mis labios para obligarme a callar. Él es muy nervioso, se pone de malas con

cualquier cosa, por eso siempre me quedo acostada fingiéndome desmayada para no enfadarlo, no me gusta que esté molesto porque luego se desquita conmigo.

Él no deja que nadie me vea. Hasta aquí no llega ningún ruido de allá afuera y tampoco sale de aquí. Mi casa está allí arriba, pero Él no me deja salir. Dice que soy mala, que estoy poseída por el demonio de la lujuria, pero yo sé que no es así. Él sólo lo dice por fastidiarme, amar no es pecado. Yo de verdad amaba a ese hombre, por eso lo veía a escondidas allá por la loma... Pero mis hijos... Ellos... ¡Son malos!... Malvados. Nos descubrieron... Sí, sí. Yo amaba a Victorino. ¿Dónde estás, Victorinoooo?... ¡Ven y sácame de aquí! Victorinooo...

De pronto Eva tuvo una de esas terribles crisis que todavía le ocurrían, merced a la tristeza, a la soledad, a la impotencia y a la lenta agonía de aquel encierro injusto a la que la habían condenado sus propios hijos. Ella, llena de ira, se arañó la cara, dos hilos de sangre le cruzaron el rostro. Acto seguido se tiró con fuerza de los pocos cabellos que aún conservaba su cabeza, algunas hebras blancas quedaron adheridas a sus dedos ganchudos mientras su enflaquecido cuerpo se estrellaba contra las paredes. Luego los gritos de Eva se escucharon haciendo eco en ese lugar.

— ¡No estoy loca! ¿Me oyes, hijo? ¡Engendro del demonio! ¡Escúchame!... ¡Óyeme!
¡Amar no es pecado! ¡No estoy loca!... ¡No estoy loca!... Bueno, antes no lo estaba... Ahora quién sabe... Pero creo que no... Creo que todavía no... ¡Sácame de aquí, te lo ruego!...
¡Sácame de aquí...! ¡Sácameee...!

Nadie contestó a las súplicas de Eva. Sus protestas se ahogaron entre las cuatro paredes del sótano de su propia casa. El hogar de la mujer estaba a las afueras de un pueblo costero y fue construido como una fortaleza en caso de huracanes. Así que el sitio donde

estaba confinada era profundo. Estar allí era como permanecer en el fondo de una caverna o como estar sepultado en vida en las mismas entrañas del averno.

Eva llevaba quince años prisionera en el sótano de su casa, sus propios vástagos le habían impuesto ese tortuoso castigo. Después del trágico accidente en el que murió su esposo, ella se había dedicado a atender el rancho. Sus hijos eran pequeños en aquella época. Simón su hijo mayor, tenía doce años, y Edelmiro, diez, así que ella se encargó de administrar los bienes que le dejó su marido como le pareció pertinente, pero, cuando sus hijos llegaron a la adolescencia, las cosas cambiaron. Sin un padre como guía, los jóvenes tomaron el camino equivocado: se volvieron caprichosos, descarriados y altaneros.

Cuando Simón cumplió veinte años y Edelmiro, dieciocho, les empezaron a gustar las fiestas, los toros, el vino y las mujeres. Sus vicios y su rebeldía eran un dolor de cabeza para Eva y también el principal detonante de sus rencillas. Ella siempre deseó que sus hijos estudiaran, pero ellos se negaron a hacerlo. Edelmiro sólo terminó la primaria y Simón cursó a duras penas el primer año de secundaria, y a pesar de los disgustos de su madre, ellos sólo se dedicaron a llevar una vida de juerga.

Un día los problemas empeoraron. Eva llevaba ya cinco años de haber enviudado cuando conoció a Victorino Almazán, el administrador de un rancho del pueblo vecino. Era un hombre joven, responsable y trabajador, tenía poco tiempo de haber quedado viudo, y no tenía hijos. Conoció a Eva en una kermés que se organizó para festejar al santo patrón del lugar, desde ese día, él ya no se la pudo quitar de la cabeza.

Desde entonces, Victorino buscaba siempre algún pretexto para hacerse presente por el pueblo. El porte del ganadero llamaba la atención de las mujeres del lugar. Sus ojos

aceitunados contrastaban con su piel apiñonada, con su bigote y su patilla de color castaño. Él siempre llegaba montado en los mejores caballos del rancho, usaba sombreros finos, pantalones vaqueros de buena calidad, botas con decoraciones extravagantes, espuelas de plata y guayaberas bien almidonadas.

Victorino, a pesar de que sólo era encargado del rancho, era codiciado por las mujeres del lugar y también por las de los pueblos vecinos. Su rostro de finas facciones y encantadora sonrisa lo hacían distinguirse de los demás hombres del pueblo, por eso sus furtivas incursiones con la intención de encontrarse con Eva nunca pasaron desapercibidas para los lugareños. Casi desde el primer encuentro empezaron las murmuraciones de la gente entorno a ellos, asunto que a Victorino tenía sin cuidado.

Él se quedaba parado con cualquier pretexto por las calles del pueblo, para verla aunque sea de lejos. Aprendió sus rutinas, se grabó en la memoria los lugares que ella frecuentaba y la hora exacta a la que iba. Al verla pasar, usaba cualquier excusa para llegar donde ella estaba, simulaba un encuentro fortuito para verla de cerca y llevarse reflejadas en los ojos sus bellas facciones y tatuado en su memoria el timbre melodioso de su voz.

Desde que conoció a Eva, el corazón de Victorino palpitaba con más fuerza. Él se sentía rejuvenecido, con más ganas de vivir. Con el paso de los días, empezó a albergar la ilusión de que a sus cincuenta y cinco años todavía podía sonreírle al amor. Victorino se dejó acariciar por esa idea, y las tímidas miradas que le dedicaban los ojos de la bella viuda, al encontrarse con los suyos, le hacían sentir que no le era del todo indiferente.

Algunas veces cuando ella, por alguna causa variaba sus rutinas o sus horarios, Victorino sufría pensando en que algo malo le hubiera ocurrido, o que quizá pudiera estar

enferma. Entonces desesperado recorría cada calle del pueblo buscándola, cada almacén, cada botica y cada puesto del mercado, con la ilusión de encontrarla, de toparse con esos ojos que lo hacían sentir joven otra vez.

A veces Eva no salía de su casa. Entonces el corazón de Victorino daba un vuelco y, lleno de angustia, ya sin importarle la maledicencia de la gente, se paseaba frente a la casa de la viuda, decidido a verla aunque sea de lejos y hacerle alguna reverencia a modo de saludo. Logrado su objetivo y recompensado con la mirada de ella, satisfecho regresaba a su rancho con la silueta de Eva fija en su memoria y con una amplia sonrisa colgada de sus labios.

Al principio ella, por pudor, rechazaba las galanterías del ganadero, pero poco después el atractivo de Victorino y la soledad de su larga viudez, le fueron clavando en el alma el deseo de sentirse cerca de alguien, de volver a sentir el amor. Así que, poco a poco, empezó a corresponder a sus saludos y cortesías poniendo en ello un poco de coquetería. Los vecinos, al darse cuenta del comportamiento de la viuda, empezaron a susurrar la novedad en los pasillos del mercado, en las bancas del kiosco, en el molino y hasta en el atrio de la iglesia.

Un día en que Eva se enfermó de un fuerte catarro y no salió de su casa en quince días, Victorino se puso inconsolable. La primera semana le envió con sus empleados, canastas con frutas, ramos de flores y hasta una tarjeta que decía *“Estimada Eva, no sabe usted cuánto deseo verla restablecida de su enfermedad, afuera nada es igual sin la luz de su angelical sonrisa. Atentamente, su seguro servidor, Victorino Almazán”*.

Al leer la carta, Eva sintió un hueco en el estómago. El galanteo de Victorino no le incomodó, sino todo lo contrario: el saber que para alguien a sus cuarenta y cinco años todavía resultaba atractiva, la hizo sentir halagada y rejuvenecida. Desde que conoció a Victorino, le latía el corazón más de prisa, sonreía por cualquier nimiedad, se le ruborizaban las mejillas al recordar su nombre y sobre todo al pensar en su franca sonrisa y al evocar sus hombros recios y su cuerpo esbelto.

Los hijos de Eva, a pesar de su vida disoluta, empezaron a poner atención a las murmuraciones de la gente, luego en un arranque de furia, le reclamaron a su madre la liviandad con la que se dejaba cortejar por el ganadero. Ella les exigió que respetaran sus decisiones, pero ellos, bajo el influjo del alcohol, le faltaron al respeto y amenazaron con darle su merecido a Victorino.

A la semana siguiente, Eva tampoco salió de su casa. El médico le había impuesto dos semanas de reposo para su completo restablecimiento. Entonces Victoriano ya no pudo más y cegado por la atracción que ella ejercía en su alma, se presentó con el pretexto de proponerle un negocio. Le dijo que tenía unos amigos canadienses que se dedicaban a la inseminación artificial del ganado bovino, y que a él le daba buenos resultados la cruce de sus vacas, y aprovechando el embeleso con que ella lo miraba, le declaró su amor.

De pronto llegaron los hijos de Eva y de manera grosera lo corrieron. Él intentó calmarlos, dialogar con ellos, pedirles su autorización, pero los jóvenes enojados lo sacaron a empujones de su casa y amenazaron con darle una paliza si se volvía a acercarse a su madre. Después de pasar la vergüenza de ver cómo sus hijos maltrataban a Victorino, Eva intentó platicar con ellos, hacerlos entrar en razón, pero los jóvenes altaneros no le permitieron decir nada, dieron la vuelta y se dirigieron a la cantina, dejándola con las palabras en la boca.

Desde ese incidente, Victorino y Eva decidieron verse a escondidas. El pretexto perfecto era que el médico le había recomendado que hiciera ejercicio para fortalecer sus pulmones. Así que ella salía todas las tardes rumbo al monte, enfilaba por la cañada del barranco, su única compañía era un viejo perro labrador. Allí se encontraba con Victorino y juntos pasaban largas horas platicando. Los árboles del lugar los protegían de miradas inoportunas.

Pasado algún tiempo, no faltó el indiscreto que fuera por ese lugar, y que se le ocurriera comentar en la cantina lo que había visto en el monte. Los hijos de Eva se enteraron de sus encuentros con Victorino, así que al llegar a su casa, riñeron con ella y la abofetearon. Más tarde se pusieron de acuerdo y, cuando ella estaba dormida, la amordazaron y la cargaron hasta el sótano de la casa, donde la encerraron bajo llave. Ellos no estaban de acuerdo con sus amores, pues además de creer que ella manchaba su honra con su comportamiento, temían que él se quedara con la herencia que a ellos les correspondía.

Desde entonces, las ratas, las moscas, los gusanos y las cochinillas fueron su única compañía. Sus hijos al principio iban a verla con frecuencia, le aseaban el lugar, le llevaban comida caliente y ropa limpia, pero después se fueron olvidando de ella. Dos años después de su encierro, se enteró por boca de Edelmiro que su hijo Simón había muerto en una riña en un palenque.

Eva, a pesar de estar disgustada con Simón, sufrió un duro golpe al enterarse de la noticia. Por su parte, Edelmiro se aficionó más al alcohol y se fue olvidando de atenderla. Dejó el rancho en manos de uno de sus peones que, por suerte para Edelmiro, era un hombre honesto y trabajador que le daba cuentas claras de los ingresos. Por su parte, Victorino al principio buscó a Eva desesperado y, al no encontrarla, un día se armó de valor y enfrentó a

los hijos de ésta. Ellos le dijeron que ella ya no vivía en el pueblo, que había decidido irse a vivir a la capital con su prima Teresa.

Victorino, al inicio, no les creyó y siguió rondando la casa de la viuda, con la esperanza de verla. Al no tener éxito, intentó contactarla en la dirección de su prima, pero no lo consiguió. Victorino se cansó de esperarla. Luego, decepcionado y herido, creyó que ella sólo se había burlado de él, y, embargado por la pena y la rabia, empezó a visitar con frecuencia las cantinas.

Años después le llegaron los rumores de que Eva se había casado con un médico de la capital, y fue entonces cuando aumentó su desatino. Se le veía de día borracho en los bares, y, cuando llegaba la noche, se iba a los burdeles. Más tarde su irresponsabilidad hizo que perdiera su empleo, y su vida desde entonces fue en una total caída. Casi siempre se le veía tirado en las esquinas o afuera de los bares. Hasta que un día murió atropellado.

Eva nunca se enteró. Edelmiro la tenía en el olvido. Él casi nunca iba a verla, pasaban días, y ella no tenía que comer; casi siempre se alimentaba de los restos de comida descompuesta porque los platos permanecían días y a veces semanas en el sótano, hasta que Edelmiro se acordaba de ir a recogerlos y de reemplazarlos por comida fresca. El hambre que casi siempre padecía Eva la obligó a convertirse en una experta cazadora de ratas.

Ella encontró entre los escombros de unos muebles viejos, una especie de varilla que le servía de daga, y con este artefacto se apoderaba de los roedores más gordos del sótano. En cuanto al agua, se las arregló con una filtración del vital líquido que provenía sepa Dios de qué parte de la casa, pero que escurría por la pared. Y de ésta manera se las ingenió para sobrevivir a su encierro, con la esperanza de que algún día Edelmiro se compadeciera de ella

y la dejara salir. Él nunca lo hizo. Aún después de la muerte de Victorino, su hijo Edelmiro la mantuvo prisionera en ese lugar. Tal vez porque se le hizo costumbre verla allí.

Después de una crisis de llanto, Eva se derrumbó sobre la única cobija sucia y raída que usaba sobre su lecho, y allí, recostada, siguió gimiendo y mesándose las únicas cuatro guedejas de cabello que le cubrían la cabeza, mientras los recuerdos se agolpaban en su mente: se vio a sí misma en su juventud, vestida de novia. Su breve talle y su cara fina, sus cejas bien delineadas, su boca tersa y carnosa reflejaban su lozanía. Su cabello largo y ondulado adornado con azahares y, entre sus manos, un fresco ramos de alelís. A su lado, Aurelio, el padre de sus hijos, con su traje de charro, su porte altivo y su cuerpo viril.

Más tarde, llegó a su cabeza la imagen de sus hijos corriendo por los pasillos de la casa. Sus travesuras, los primeros años de escuela, el inicio de su adolescencia. Y de pronto el terrible accidente de su marido; el toro defendiéndose furioso ante el fierro caliente de la marca del rancho, Aurelio muerto, clavado en los cuernos del animal. Las imágenes de esos sucesos pasaron por la cabeza de Eva como proyecciones de una vieja película: Aurelio inerte llevado por sus peones en una camilla de varas. Luego el ataúd, velas, rezos, flores, camposanto. Luego ella sola con Simón y Edelmiro.

Sola... sí, terriblemente sola como ahora. Sola... Sola... —Ya no más soledad se dijo Eva, ya no más oscuridad, ya no más pecado. —Siguió murmurando—.

De pronto, una pequeña luz avanzó por el pasillo, hubo sombras deslizándose, la silueta de un quinqué se reflejó sobre la pared. Los ruidos de fierros se intensificaron, un chirriar de goznes en movimiento, de candados abriéndose, de palabras maldiciendo...

Enseguida el sonido hueco de unos pasos avanzando en la oscuridad, dirigiéndose hacia su lecho... Eva estaba decidida. La idea había rondado todo el día por su cabeza, empuñó el fierro que le servía de daga para cazar a los ratones, los pasos se acercaron cada vez más.

Un salto como de pantera, gritos, aullidos de dolor, claveles rojos deshojándose por el pecho de Edelmiro; de inmediato espasmos, estertores, manos llenas de pétalos rojos de claveles deshojados, olor acre, humedad pegajosa, caliente y pesada, luego la luz esparciéndose por el sótano, el crujir de la madera al consumirse, la estampida de las ratas, su chillido al chamuscarse, el olor a humo la obligó a toser. Eva con los ojos desorbitados contempló la escena. Enseguida caminó hacia la puerta de salida que ahora estaba abierta de par en par dándole la bienvenida.

Con aroma de jazmines

*¡Oh, qué gritos se sentían
por encima de las casas!
Qué espesura de puñales
y túnicas desgarradas...*

*Paños blancos enrojecen
en las alcobas cerradas.*

Federico García Lorca

Entre estas calles polvorientas, pasé mi infancia y parte de mi adolescencia. Hasta que un terrible accidente automovilístico segó la vida de mis padres. Desde entonces he vivido en la gran urbe, primero con mi tía Gloria, la hermanastra de mi padre, y desde hace cinco años con mi esposo y mis dos hijos. Ayer tomé la decisión de volver. Debido a mis constantes crisis nerviosas y las terribles pesadillas pobladas de lápidas y difuntos que me aquejan cada noche, mi psicólogo me prescribió tranquilidad y reposo. Y el primer lugar que me vino a la mente para escapar fue el pueblo donde nací. Todavía no entiendo por qué.

El autobús me deja a un lado de la carretera. Desde aquí debo caminar los dos kilómetros que faltan por ese camino de terracería, o esperar que un alma caritativa me dé un aventón. Elijo lo primero y, mientras camino, aspiro el aroma de la tierra mojada y disfruto el canto de las aves. Los mosquitos me zumban en las orejas, y se empeñan en minar mi sangre. Yo los espanto mientras camino y el sudor hace que se me pegue la blusa al cuerpo.

De pronto aparece ante mi vista la cúpula de la iglesia, y conforme me acerco, veo a lo lejos el caserío y el kiosco. Al llegar, camino calle abajo en busca de las ruinas de la que fuera la casa de mis padres, lugar donde pasé gratos momentos. La construcción luce

terriblemente destruida. Las casas de adobe son excelentes para este clima, pero no soportan las inclemencias del tiempo. Al verla en ese estado, suspiro y un dejo de nostalgia se apodera de mi alma.

Sigo caminando por la misma calle, con tristeza veo que ya nadie me conoce. Han pasado veinte años desde que me fui. Para ellos sólo soy una turista que ha tomado el camión equivocado o una loca perdida con una mochila al hombro. Camino calle abajo, el aroma a jazmín me obliga a detenerme. Sin querer, he venido a parar frente a la casa que era de los padres de mi mejor amiga de la infancia. Su nombre era Dolores Rodríguez, pero de cariño le decíamos “Lolis”. Su casa también se encuentra en ruinas. El techo que antes estaba cubierto de tejas rojas y nidos de golondrinas, hoy luce deteriorado.

El intenso aroma de las flores me invita a acercarme más a los escombros de la casa. La puerta carcomida por las termitas tiene hendiduras que dejan ver parte de los cuartos; la empujo y ésta cede. Entro, algunas paredes todavía están de pie. Miro el suelo, hay losetas reventadas por la humedad. Allí, como por milagro, abriéndose paso entre los escombros de las paredes derrumbadas, está la planta aromática. Su fragancia es exquisita. Me acerco y corto algunas de sus flores. Luego, casi sin darme cuenta, empiezo a tejerlas, voy formando una corona mientras risas infantiles resuenan en mis oídos.

La imagen de dos niñas corriendo por el patio de la escuela primaria llega a mi mente. —Tú las traes, Anita —dijo mi amiga Lolis tocándome el hombro—. Ella y yo corríamos con otras niñas, mientras coronas de jazmines adornaban nuestras cabezas. A veces nuestros juegos eran a las alcanzadas, a las escondidas o las cebollitas. Otras veces, jugábamos a ser novias, vírgenes de la iglesia o princesas. El recreo era siempre la hora más esperada de la

jornada escolar. Nos encantaba jugar y comprar las chucherías que vendían en el patio de la escuela: pulseritas de colores, naranjas partidas, palomitas de maíz y mangos con chile.

A todos los niños el recreo nos parecía corto. Cuando tocaban el timbre, y sin ponernos de acuerdo, la mayoría de los que corríamos por el patio exclamábamos un ¡Ash!, de enfado. El sonido de los timbres nunca me ha gustado. Pero recuerdo que ese día, al sonar indicando la hora de salida de la escuela, fue la música más preciosa que escucharon mis oídos.

Mi amiga Lolis y yo recogimos a toda prisa nuestros cuadernos y salimos corriendo del salón; íbamos emocionadas porque mis papás, por fin, después de semanas de súplicas, me habían dado permiso de ir a jugar a su casa. Al salir, cruzamos la calle y caminamos de prisa, pues moríamos por llegar y jugar con sus muñecas. Además, el sol de mediodía nos daba de lleno en la cabeza y nos hacía sudar a chorros.

Al pasar por la tienda de don Fernando, decidimos comprar algunas chácharas para jugar a la comidita. Al vernos entrar, él nos miró extrañado, sonrió nervioso y nos preguntó:

— ¿Qué van a llevar?

Nosotras entre risas consultamos nuestros bolsillos, sacamos las monedas que nos habían sobrado del recreo, y al ver que eran pocas, sólo le dijimos:

— Un paquete de galletas y dos paletas de caramelo.

Don Fer nuevamente nos hizo una mueca parecida a una sonrisa y nos entregó las cosas, pagamos y luego, bromeando, seguimos caminando. Al doblar la esquina, nos sorprendimos al ver mucha gente afuera de su casa. Avanzamos más de prisa y, al acercarnos a la puerta, vimos que su madre yacía muerta sobre el piso del corredor frente a la jaula de

los canarios. Su cabeza posada sobre un charco de sangre, la jarra con la que les echaba agua a sus pájaros hecha añicos. El banco de madera que usaba para esos menesteres, estaba tirado cerca de allí, con dos patas rotas.

Lolis soltó la mochila y, dando gritos, corrió hacia su madre. Le tocó el rostro, le acarició los brazos, inmediatamente llegaron varios hombres que la depositaron en una mesa. Yo no supe qué hacer. A mis escasos diez años todavía no comprendía con claridad lo que estaba ocurriendo. Sólo me quedé paralizada, me froté las manos porque las sentí frías, y no me moví de mi lugar. Más tarde llegó mi madre, llevaba todavía el delantal puesto. El calor de su abrazo me tranquilizó. Enseguida, ella se acercó a la familia de mi amiga y les dio el pésame. Luego algunas vecinas entraron también para ofrecerles su ayuda.

La velación de la difunta transcurrió de forma tristísima. Por la noche llegaron las hermanas de Lolis, que vivían en Estados Unidos. Sus gritos y sollozos se escuchaban por todo el pueblo. El sepelio se llevó a cabo al otro día por la tarde; una lluvia torrencial empezó a caer al regreso del camposanto. Pareciera que el cielo estaba triste por los cambios que sufriría la vida de mi amiga.

Dos semanas después, Lolis regresó a la escuela. Sus hermanas se fueron otra vez para Estados Unidos. Ellas vivían allá con sus respectivas familias y nunca más regresaron. Lolis entonces se convirtió en la única mujer de su casa. Así que debía realizar todos los deberes. Desde entonces ella cambió. Ya no jugaba conmigo como antes, se volvió una niña solitaria y retraída. Cuando la invitábamos a jugar, decía que no porque estaba cansada. Sus ojos estaban siempre tristes y ojerosos.

En un mes, se le vinieron encima los años. Como si de repente se hubiera hecho adulta. Su sonrisa, antes radiante, era ahora sólo un esbozo de lo que había sido. Ya no tenía esa música en sus carcajadas. En cuanto sonaba el timbre, se iba de prisa. Tenía que hacer la comida, limpiar la casa y darle de comer a sus pájaros antes de que don Braulio llegara, porque, de lo contrario, recibiría una lluvia de cinturonzos. Nunca más me invitó a jugar a su casa. ¿A qué hora si no tenía tiempo?

Atareada como estaba con todos los deberes del hogar, a veces se le olvidaba llevar la tarea. La maestra la reprendía, luego llamaba a su padre, y llegando a su casa, la esperaba otra ración de golpes. A ella le tocaban todos los quehaceres; en cambio, a su hermano Lucas, no le asignaban ninguno. Él continuó con su vida como antes, nunca faltaba a los partidos de fútbol que se organizaban todas las tardes en las canchas del pueblo.

Un día, mi amiga intentó quejarse con su papá: pretendía que su hermano también le ayudara a limpiar la casa. Don Braulio se puso furioso, le gritó que no estuviera fregando, porque esos quehaceres eran cosa de viejas. Lucas no debía hacerlos, los hombres no hacían eso. Lolis guardó silencio, sabía que las órdenes de su padre no se discutían. Al verse agobiada por los quehaceres, empezó a descuidar su aseo personal. Ella que antes llegaba limpia y bien peinada, ahora lucía sucia. Llevaba el uniforme con manchas, las calcetas mugrosas y su cabello era una plasta de pelo enredado. Parecía una muñeca vieja.

La maestra llamó a su papá para comentarle sobre el desaseo de Lolis. Don Braulio puso la solución como solía hacerlo, con una lluvia de golpes sobre el cuerpo flaco y desnutrido de la niña. Desde ese día, ella intentó ir más limpia a la escuela; al menos se lavaba la cara y se recogía el cabello, aunque seguía llevando la misma plasta de pelo enredado. Un

día llegó y se sentó en la primera fila del salón. Llevaba su uniforme limpiísimo, su blusa estaba reluciente. La maestra me había asignado el asiento que estaba justo detrás del de ella.

De pronto, durante la clase, la niña que estaba sentada a un lado de mí señaló el cuello de la blusa de Lolis. De él subían y bajaban muchos animalitos negros que tenían la cabeza aplastada. También notamos que bajo la maraña de su cabello, se veían varios huevecillos blancos. — ¡Son piojos! —dijo la otra niña en voz bajita—. Yo le dije que guardara silencio. Ella quería salir corriendo para decirle a la maestra, pero le mostré mi puño de forma amenazadora, y ella, temerosa, guardó silencio.

Más tarde, cuando ya íbamos rumbo a nuestras casas, alcancé a Lolis que iba caminando de prisa, y, como no queriendo la cosa, le dije lo que había visto sobre su blusa. Ella empezó a llorar y dijo que le daba mucha comezón la cabeza, pero que a veces por vergüenza se aguantaba. Sólo llegando a su casa se rascaba con ganas. Y para disminuir la comezón se echaba agua con sal. Cuando no la veían en su casa, se sacaba todos los animalitos que iba sintiendo con la yema de los dedos.

Al llegar a casa, le conté a mi mamá, y, aunque se me hacía la piel chinita al recordar a esos insectos subiendo y bajando por la blusa y el cuello de mi amiga, le pregunté si le podíamos ayudar. Ella dijo que sí. Al día siguiente le dije a Lolis que, cuando no estuviera su papá, fuera a mi casa porque mi mamá había comprado un ungüento para matar piojos y que ella le iba a limpiar la cabeza.

Al otro día Lolis fue a verme; mi madre y yo le limpiamos lo que pudimos. Tenía el cabello hecho un enredijo, era imposible separárselo. Le echamos el ungüento y le tapamos la cabeza con un plástico como decían las instrucciones del frasco. Media hora después, al

quitarle la bolsa, quedamos horrorizadas: había miles de piojos pegados allí. Se nos puso la piel de gallina, luego corrimos a meter esa bolsa debajo del comal para que se quemara. Enseguida le lavamos la cabeza. Después ella nos dio las gracias y se fue muy contenta.

Unas semanas después, le cortaron el cabello y le fue más fácil peinarse y mantenerlo limpio. El incidente de los piojos estrechó más nuestra amistad. Íbamos iniciando el sexto año de primaria cuando un día llegó muy asustada a mi casa y me dijo:

— Anita, creo que ya me voy a morir.

— ¿Por qué dices eso? —, le pregunté.

— Porque hace rato me empezó a salir sangre de aquí... —me dijo señalándome sus partes íntimas. Le dije que entrara a mi cuarto, y allí le platicué lo que me había dicho mi madre sobre la menstruación y todo eso. Luego le regalé uno de los trapitos que ella me había dado para cuando a mí me sucediera eso. Después de la explicación, ella se fue a su casa más tranquila.

Meses después de salir de la primaria, todos se nos notaban los cambios en el cuerpo. Unos éramos más altos que otros. A las niñas, ya se nos dibujaban los senos bajo la ropa, y andábamos estrenando nuestros corpiños, que con orgullo les presumíamos a nuestras compañeras. El cuerpo de Lolis había tenido muchos cambios también ese año, cosa que no pasó inadvertida para su hermano, que buscaba la mínima oportunidad para pasar cerca de ella y, como no queriendo la cosa, tocarle como por casualidad una nalga o un seno. A ella eso le molestaba, la hacía sentir incómoda. No le había dicho a su padre porque temía que él, como siempre, le echara la culpa a ella de todo. Una noche mientras dormía, sintió a su

hermano sobre ella. Trató de defenderse, pero él era más fuerte. Y esa noche, bajo los influjos del alcohol, la violó.

Desde entonces, cada vez que Lucas se emborrachaba, entraba a su cuarto y la forzaba a tener sexo con él. Ella me contó eso poco antes de fugarse con su novio. Lolis tenía quince años cuando su padre le dio permiso de asistir a la corrida de toros del pueblo. Allí conoció a Juan, un montador de toros que tenía veinticinco años. Lo apodaban “El golpe”. Era famoso porque les aguantaba los reparos a los mejores toros del rumbo. Desde que la conoció, la veía a escondidas de su padre. Ella nunca le dijo nada, pues temía que reaccionara golpeándola como siempre. Además estaba segura de que no la dejaría casarse.

Lolis, carente de todo afecto por parte de su familia, se enamoró perdidamente de ese hombre. Y una noche huyó con él. Antes de irse, me dijo:

—Anita, estoy enamorada de Juan. Ayer me propuso que me fuera con él, pero tengo miedo. Doña Eulalia me contó que es vecino de su hermana, y que siempre llega a su casa cayéndose de borracho. ¿Qué hago, Anita?

—Pues no lo hagas. Si ya te dijeron que es borracho, ¿para qué le buscas? Yo que tú no me iba.

—Sí, pero la situación en mi casa tampoco es muy agradable... —me dijo llorando—. Mi papá me golpea por cualquier cosa, y mi hermano Lucas... Siempre que llega borracho, se mete a mi cuarto y me manosea... me toca a la fuerza y... luego... tú ya sabes...

La abracé, luego lloramos juntas largo rato. Al final nos despedimos. Ella ya había tomado una decisión. Al otro día se supo la noticia: Lolis se había fugado con “El golpe”. Ese chisme fue la comidilla del pueblo por muchos días. Pero el tiempo todo lo cura, y hace

que las cosas se olviden. Pronto dejaron de hablar de ella. Dos años después, la encontré en la ciudad de Iguala un día que fui a comprar unos medicamentos. Estaba parada en una esquina, llevaba un niño gordito y sucio en brazos. Lo tenía recargado sobre el vientre abultado de su segundo embarazo.

Al verme sonrió: le faltaba un diente. Su sonrisa se veía aún más triste. Era sólo un esbozo de aquella risa musical que tenía cuando era niña. Me acerqué a saludarla y cargué a su hijo. Él me sonrió y esa sonrisa inocente se me quedó tatuada en la memoria. A ella se le veían los ojos tristes y su rostro tenía huellas de golpes recientes. Cuando iba a preguntarle cómo le iba, la noté nerviosa mientras, con miedo, miraba la acera de enfrente. Luego vi a su marido, que, parado, esperaba el cambio de luz del semáforo. Para no causarle más problemas, me despedí abrazándola apresuradamente, sin saber que ésa era la última vez que la vería. Parecía que mi amiga Lolis había huido de las manos de un hombre golpeador, para caer en las de otro aún peor.

Debido a los problemas que le ocasionaron su vida disoluta y su embriaguez, Lucas emigró a Estados Unidos y dejó a su padre solo. Don Braulio era un inútil, pues no sabía ni calentarse una tortilla, por eso sus hijas que vivían en el otro lado le pagaron a una señora llamada Apolinar para que lo atendiera. Fue por esos días cuando sucedió el cobarde asesinato de Lolis.

La noticia salió en todos los periódicos de Iguala, y hasta el pueblo llegó una camioneta con el periódico llamado “El informador” que dejaba escuchar por un altavoz: *“Entérese, entérese, de la mujer vecina de este lugar que fue degollada por su propio marido, quien también asesinó a sus dos hijos”. Entérese... Entérese...*” Doña Apolinar, mejor conocida como Pola, era una mujer chismosa. Amante como era de saber todos los

acontecimientos ajenos, salió y compró el periódico. Luego de leer la noticia, se quedó atónita, y venciendo el miedo que le tenía al carácter de don Braulio, se lo mostró.

Don Braulio nunca quiso saber nada de Lolis desde que huyera con “El golpe”. Así que al ver la noticia que le señaló Pola con el dedo tembloroso, hizo un gesto de desprecio simulando que no le importaba. Aunque sus ojos leyeron y releeron la noticia detenidamente: *“Juan Martínez alias “El golpe”, en estado de ebriedad, asesinó a su esposa Dolores Rodríguez y a sus dos hijos menores de edad, a quienes les cercenó la garganta. Los menores tenían un año y dos meses respectivamente”*. El periódico traía también una foto con las imágenes de los difuntos. Al final decía que los cadáveres estarían esa tarde en la Agencia Médica Forense a disposición de sus familiares. Don Braulio aparentó una rabia que no sentía y exclamó.

— ¡Qué bueno! ¡Se lo tenía bien merecido por cusca y taruga! —dijo, haciendo una mueca de disgusto.

Pola le preguntó:

—Oiga don Braulio, ¿Y... no va a ir... a reclamar los cadáveres de sus parientes?

—Pues ¿cuáles parientes? Esa lánbara y esos escuincles no son de mi sangre. Desde hora y momento que decidió largarse, dejó de ser m’ija —. Luego dio la vuelta y se encerró en su cuarto.

Pola quedó sorprendida al escuchar las palabras de don Braulio. Nunca creyó que una persona fuera capaz de ser tan insensible, mucho menos tratándose de su propia hija. Ella, disgustada, regresó a sus labores. Más tarde, cuando Pola ya había terminado sus quehaceres, fue a decirle a don Braulio que ya se iba. Le gritó y él no contestó, le aporreó la

puerta con fuerza por si se había quedado dormido, y nada sucedió. Entonces, decidió entrar al cuarto de su patrón.

Y allí lo encontró, sentado junto a la mesita de noche, con la cabeza de lado, los ojos extraviados, un hilo de saliva le colgaba de la boca torcida, mientras en sus manos todavía sostenía el periódico con la trágica noticia. Pola, asustada, trató de enderezarle la quijada, de levantarlo y hacerlo caminar hasta su cama, pero todo fue inútil. Don Braulio estaba tieso, rígido como una momia. Y por más que ella le preguntó qué le había sucedido, nunca volvió a pronunciar palabra.

Entonces Pola decidió telefonar a Estados Unidos, para darles la noticia a sus hijas. Cuando ellas llegaron, don Braulio ya estaba internado en el hospital. Sus hijas, en lugar de visitarlo, se dirigieron a reclamar los restos de Lolis y de sus niños. Enseguida se hicieron cargo de todo lo relacionado con el sepelio. Al día siguiente se llevó a cabo el funeral, tristísimo con toda la gente del pueblo llorándoles camino al camposanto. Por la noche, las hijas de don Braulio fueron al hospital para saber de la salud del enfermo. El diagnóstico no fue para nada alentador: derrame cerebral con pérdida de la vitalidad de algunas partes del cerebro, principalmente la relacionada con el habla y el movimiento del lado derecho. Don Braulio no podría hablar nunca más y también perdería gradualmente el movimiento del único lado vital.

Terminada la ceremonia fúnebre, las hijas de don Braulio regresaron a Estados Unidos, no sin antes acordar con Pola que ella cuidaría a su padre. También convinieron en que le harían un depósito mensual, que incluiría sus honorarios y los gastos de manutención de su papá. Al principio Pola se esmeraba en cuidar a su patrón como se lo habían indicado

sus hijas, pero con el paso del tiempo se fue despertando en ella, casi de manera inconsciente, todo el rencor que sentía desde niña hacia su propio progenitor.

El padre de Pola, al igual que don Braulio, había sido un hombre violento. Ella llevaba marcados no sólo en su cuerpo, sino también en su alma, las huellas de sus malos tratos. Nadie en el pueblo ignoraba cómo don Braulio, al igual que don Regino, el padre de Pola, habían tratado a su mujer y a sus hijas. Por eso Pola, al verlo allí tullido y demandante, siempre con los ojos coléricos, le traía el recuerdo de su propio padre, que ni aún agonizante dejó de insultarla.

Con el paso del tiempo, Pola cambió la forma en que trataba a su patrón. Un día se dio cuenta de que ella era el ama y señora de la casa, así que dejó de cumplir con sus obligaciones: hacía el quehacer sólo si le daba la gana, y si no, pasaban los días y no hacía nada. Al fin y al cabo nadie la obligaría a hacerlos, porque su patrón era como un objeto en esa casa, una momia viviente que abandonaba en cualquier rincón. Casi nunca lo bañaba y, cuando lo hacía, era con agua helada: ¿para qué calentarla? —se preguntaba Pola, y sola se contestaba que no tenía caso cansarse, porque el cuerpo tullido de don Braulio ni se inmutaba con el agua fría. Sólo la parte que conservaba un poco de movimiento protestaba, pero para eso Pola tenía un remedio eficaz: un par de pellizcos y santo remedio.

Don Braulio no podía hablar, pero daba unos gruñidos terribles cuando Pola le lanzaba las jícaras de agua fría, o cuando ésta le daba la sopa recién sacada del refrigerador. La cosa se ponía peor cuando por desidia o pereza no le daba de comer. A Pola se le fue haciendo costumbre no atender a su patrón en lo más elemental, mucho menos en lo concerniente a los ejercicios y masajes indicados por su médico. Don Braulio permanecía

acostado todo el tiempo, abandonado en su cuarto pintado de impecable color blanco, mientras su cuerpo se pudría recostado sobre sus propias inmundicias.

Después de seis meses, el amo y señor de la casa era ahora como un niño indefenso. Ni rastros había ya de aquel hombre fuerte, arrogante y déspota. Él tenía el aspecto de un cadáver viviente, era sólo un costal de huesos putrefactos: su espalda y sus nalgas llenas de llagas malolientes, sus ojos hundidos, casi cadavéricos, mientras que Pola vivía a sus anchas, comía todo lo que se le antojaba y veía todas las comedias en la televisión. Y cuando rara vez se compadecía del estado de su patrón, lo atendía desquitando contra él toda su frustración y mal humor. Pola, sin darse cuenta, hacía que don Braulio pagara todo el odio que todavía sentía por su padre ya difunto.

Lucas nunca regresó a visitar a su padre. Su torcida conducta lo orilló a purgar una larga condena en la cárcel. Las hijas de don Braulio mandaron siempre la rigurosa mesada convenida con Pola, pero tampoco regresaron a visitarlo. Llevaba un año en cama cuando, una mañana, ella lo encontró muerto. De inmediato avisó a sus hijas, y éstas, con el pretexto de que no les habían dado permiso en su trabajo, no se presentaron al sepelio. Pola, con ayuda de unas vecinas, le dio cristiana sepultura. El cortejo fúnebre fue escaso, pues el mal olor del difunto se percibía a varias cuadras.

Empieza a lloviznar, el sol se oculta por unos instantes. De pronto, la lluvia cesa y el sol vuelve a aparecer. El aroma de la tierra es tan delicioso que dan ganas de comérsela a cucharadas. Camino rumbo al camposanto, deben ser la cinco de la tarde. La gente me mira al pasar, para ellos no soy más que una extraña: “¿cómo habrá venido a parar aquí ésta loca?” seguro se preguntarán ellos intrigados. Pero yo ignoro sus caras interrogantes, no tengo

deseos de dar explicaciones. Este día quiero reconciliarme con mis antepasados, y llorar sobre las tumbas que guardan sus huesos.

La puerta del camposanto está abierta. El aroma de las flores perfuma el ambiente. Cruces viejas aquí y allá. Todas tienen nombres que no conozco. Ninguno me suena familiar. Escudriño entre las tumbas más antiguas, tal vez entre ellas encuentre lo que busco. Hasta el fondo del camposanto, en una de las esquinas, encuentro una lápida blanca con dos ángeles a los lados. Esta dice *“Aquí yacen los restos de Porfirio Arroyo y de Rafaela Salgado Descansen en paz”*.

Caigo de rodillas y beso la lápida. Al fin puedo llorar sobre los restos de mis padres. Derramo todas las lágrimas que tenía guardadas desde siempre. Las horas han pasado de prisa, intento abandonar el camposanto, empieza a oscurecer. Avanzo entre las tumbas. De repente, un aroma a jazmines hiere mi olfato.

Camino hacia la salida, no quiero que se oscurezca mientras estoy aquí. De pronto una tumba llama mi atención. Ésta semeja una barca, es de ahí de dónde proviene ese aroma de jazmines. Curiosa, me acerco para verla. Las letras dicen *“Descansa en paz. Nunca te olvidaremos, querida Lolis”*. A un costado de la tumba de Lolis, veo una lápida hecha de cemento en bruto, casi sin tallar. Su sencillez contrasta con la blancura y el adorno de la de mi amiga Lolis. Bajo la capa de polvo leo con dificultad el nombre de Braulio Rodríguez. Por pura curiosidad, limpio con el dorso de mi mano la tierra que la cubre. Enseguida se revela ante mí su epitafio, escrito sobre el aplanado de cemento:

“Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir” (Lc. 6.38)

“Dios misericordioso lo perdone, don Braulio, y le dé el descanso eterno”. Y más abajo en el margen de la lápida escrito con letras diminutas, torcidas y disperejas:

“i a mi tambien” rezaba el letrerito. Y como a modo de firma, una letra P, gravada torpemente como a fuerza de punta de cuchillo.

La casa de las buganvillas

Las palabras de Chona le cayeron como un balde de agua. Liboria nunca pensó que su marido Raymundo se atreviera a engañarla. Él le había jurado fidelidad y amor eterno frente al altar del Señor de Chalma, santo patrono de su pueblo. Ella creyó en sus promesas, y habría metido las manos al fuego por él. Pero esa tarde su comadre, la sacó de su error. Al encontrarla de camino hacia el mercado, le soltó de sopetón:

— ¡Ojo, comadre!, ya te andan ganando el mandado. El otro día vide al compadre Raymundo apapachando a una mesera de Apipilulco.

—No le haga, comadre, ¿cuál mesera? —preguntó Liboria.

—Pues la Toñis, la mesera pechugona que trabaja en la fonda de Doña Lupe.

Al escuchar a su comadre, a Liboria la invadió primero una sensación de abandono, era como si el alma le fuera saliendo poco a poco del cuerpo. Luego de esto, la ira la dominó y empezó a desmadejar toda la rabia que sentía por dentro.

— ¡Ah!, ahora entiendo por qué Raymundo insistía en irse a jugar billar todas las tardes. Yo siempre le he dicho que ya no vaya porque le está haciendo daño la resolana del camino. Pues fíjese que siempre llega cansado, quejándose de que le duele todo el cuerpo, y con ese pretexto, se va a dormir al cuartito que está junto a la cocina. Entonces me quedo sola, suspira que suspira. A veces, cuando a él se le olvida echar la llave, entro al cuarto y me meto en su cama. Cuando siente que me acuesto a su lado, empieza a decirme: “¿pues qué haces aquí? ¡Ándale, hazte para allá! Pues órale que me acaloras”. Y así se la pasa toda

la noche, hasta que enojada, me regreso pa' mi cama. Ya llevamos como cinco meses sin... bueno, usted me entiende, ¿verdad, comadre?

—Sí, comadrita Libo. Bien que te entiendo. Así era mi viejo cuando anduvo con la Chucha, la esa vieja resbalosa que vendía enchiladas en el kiosco.

—¡Ay comadre!, todos los hombres son iguales. Yo creía que de veras mi viejo estaba cansado por tanto caminar. Y resulta que no. Que es porque se anda divirtiendo en otras naguas. Y... ¿por dónde los vio?

—Pues allá, por la orilla del pueblo de Apipilulco. Por el callejón que va pa'l río.

—Pues hora verá comadre, al rato voy a espiarlo. No pienso dejar que me siga viendo la cara.

Liboria, enojada por lo que le habían contado, decidió ir al lugar que le había indicado su comadre. Al llegar allá no podía creer lo que veían sus ojos: su amado Raymundo estaba escondido en el rellano de una puerta vieja, estrujando a otra mujer. Ella indignada le gritó.

— ¡Así te quería encontrar, desgraciado!

Al escuchar su voz, Raymundo quedó sorprendido. Nunca pensó que ella, sumisa como era, se atreviera a espiarlo. Aún no salía de su asombro cuando ya ella enfurecida les lanzaba una lluvia de piedras. Cegada por el coraje, no les atinó ninguna. El deseo de Liboria era lapidarlos, romperles la crisma por adúlteros, así que no pensaba irse de allí hasta darles su merecido.

Llena de rabia se acercó hasta ellos y pescó a la ladina de las greñas zarandeándola por el callejón. Era tal su coraje que le pegó con todas las ganas. La otra respondió y ambas

se golpearon furiosas. Raymundo intentó separarlas. Por momentos parecía que detenía a Liboria para que la otra la golpeará, o quizá ésa era la percepción desde lejos. Cuando su mujer llevaba la delantera, la sujetó del cabello y la arrastró hasta la esquina donde abordaron un taxi y se fueron a su casa. La mesera, todavía con la boca sangrante, le gritó:

— ¡Mira cómo me dejaste, perra maldita! ¡Esto no se va quedar así, me la vas a pagar y bien caro!

— ¡Pues a la hora que quieras, puta! ¡Resbalosa! —todavía le gritó Liboria, por la ventana del coche.

Al llegar a su casa, Raymundo la abofeteó y, desde ese momento, no le volvió a dirigir la palabra. Al día siguiente llegó un citatorio. Liboria debía presentarse al ayuntamiento para llegar a un acuerdo con la mesera. A pesar de estar golpeada y tener algunas contusiones, se presentó a la cita. Al llegar le leyeron una larga lista de acusaciones: difamación, injurias, agresión física y verbal en contra de la señorita Antonieta, alias la “Toñis”, además daños en propiedad ajena.

Ella trató de argumentar a su favor pero el comisario no le permitió defenderse. Le dijo que a viejas chimiscoleras como ella ya se las tenía bien conocidas porque sólo trataban de enredar las cosas. Y que más le valía que estuviera calladita y cooperara para que todo fuera más rápido. Liboria lo miraba con ojos coléricos, mientras veía a Toñis que desde la otra esquina, se acomodaba el escote y le guiñaba el ojo al comisario.

Por su parte Raymundo no dijo nada a favor de su mujer, sólo se limitó a decir que no sabía por qué había hecho eso, que de seguro estaba chiflada, ya que a veces le gustaba inventarse cosas y exagerarlas. También dijo que ese día se había encontrado por casualidad

con la “señorita Toñis” cuando se dirigía al billar, y que ella, amablemente, le ofreció unos chivos que tenía a la venta. Él curioso como era, decidió ir con ella hasta los potreros donde los tenía encerrados. Pero de eso a tener otras intenciones... era muy diferente.

Raymundo continuó relatando cómo esa tarde su mujer, hecha una loca, los había agredido. Eso fue todo lo que declaró Raymundo, luego salió para el billar a echarse unos tequilas, abandonando a Liboria a su suerte. Ella lo vio avanzar hacia la puerta de salida mientras sentía cómo el coraje le hacía hervir la sangre y las lágrimas le quemaban los ojos. Nunca pensó que su marido la abandonara. Tenía la esperanza que, en el último momento, él se arrepintiera y regresara para defenderla, pero no fue así. La pobre mujer, desolada, escuchó el final de la audiencia.

—Señora Liboria, usted ha hecho muchos males —le dijo el comisario—. Ya escuchó de todo lo que se le acusa. Si quiere salir luego de aquí, no le va a quedar de otra más que caerse con cinco mil pesos de fianza. Más otros dos mil para arreglarle los dientes aquí a la güerita. ¡Mire cómo me la dejó! Además debe pagar los vidrios rotos y las puertas abolladas de los vecinos. Es usted todo un caso, señora... —Luego de decir esto, el comisario se encaminó a la puerta de salida riéndose, y antes de traspasar el umbral, giró sobre sus talones y todavía le dijo:

—¡Ah, se me olvidaba! El pago tiene que ser ahora mismo. ¿Qué espera? Mande llamar rápido a alguien para que le traiga el dinero antes de que me arrepienta... Claro, si quiere irse pronto a su casa... porque si no... pues no se preocupe, aquí hay asiento, lugar y tablas...y...sirve que ya no estamos solitos. ¿Verdad, muchachos?—, dijo riéndose a carcajadas mientras miraba a los guardias. Ellos se rieron también.

Aquellas palabras y esas risas burlonas las sintió como un golpe en el estómago. Además, ¡cinco mil pesos! ¿De dónde diablos iba a sacar ese dinero? , se preguntó mientras las carcajadas del comisario todavía sonaban en sus oídos.

—Tengo que salir de aquí, se dijo Liboria — . Si me quedo aunque sea una sola noche, éstos de seguro van a violarme. Además no quiero ser la comidilla del pueblo, necesito salir lo más rápido posible.

A Liboria entonces se le ocurrió que, vendiendo los marranos que tenía en engorda y también sus gallinas, de seguro sí completaba ese dinero. Mandó llamar a su comadre Chona y le pidió que le ayudara a vender sus animalitos. Ella accedió y se fue enseguida a cumplir el mandato. Luego que Liboria se encontró sola, se lamentó por haberse dejado llevar por sus impulsos: “¿Pero dónde tendría yo la cabeza cuando se me ocurrió espiar a Raymundo y zarandear a la esa vieja loca? Ahora aquí están las consecuencias. ¡Todo lo he perdido!, mis puercos y mis gallinas ¡Qué desgracia! Esta vez no tendré “estreno” para la Navidad, ni zapatos nuevos para el día de la Candelaria. Y todo por haberme dejado llevar por la curiosidad malsana, ésa que tienen algunas mujeres de espiar a sus maridos. Más me valía no haberme olvidado de los consejos de mi madre: cuando tu marido ande con otra, no hagas caso, mientras tú seas la catedral, déjalas que sean las capillitas”.

Pero Liboria no estaba dispuesta a compartir a Raymundo con “las capillitas”. Lo quería para ella sola, para eso se había casado con él, para que la amara y respetara todos los días de su vida, como rezaban los preceptos eclesiásticos. Y para nada estaba de acuerdo con las ideas de su madre. Estaba arrepentida por haberse dejado llevar por sus impulsos, porque eso le había acarreado muchos problemas, pero estaba segura de que había hecho bien al no permitir que se burlaran de ella.

Por la tarde regresó su comadre Chona. Ella le dijo que había tenido que malbaratar los animales para completar la cantidad. Enseguida, con un gesto de pesar, le entregó el dinero. Liboria pagó la multa y se fue a su casa. Antes de llegar, se detuvo en la esquina y contempló su hogar. Su casa pintada de color blanco se distinguía de las de los vecinos por sus dos arcos adornados con hermosas flores de buganvilia color rosa. Al acercarse, la encontró en silencio. Extrañó el alboroto que hacían sus animales al escuchar abrirse la tranca, la invadió la tristeza y sintió que le oprimían el corazón. Luego se dirigió a su cuarto y se acostó en la cama. Raymundo aún no llegaba del billar. Liboria se sintió desolada y lloró largamente ¿Qué iba a hacer? Sus chiqueros vacíos y su marido enojado... ¡Ahora sí que lo había perdido todo! Cuando agotó todas las lágrimas que inundaban sus ojos, se quedó dormida.

Después de un tiempo, Liboria ya tenía otra vez gallinas en sus corrales y puercos en los chiqueros. Su comadre Chona le había dado algunas animales para que le ayudara a cuidarlos. De la crías se habían repartido la mitad de las ganancias. Aunque su economía había mejorado considerablemente, no se sentía feliz. Su marido estaba cada vez más distanciado de ella. Las pocas veces que le hablaba sólo era para darle órdenes. Liboria pasó a ser para Raymundo sólo un mueble más de la casa.

Él continuó con su vida de juerga. Todas las tardes abandonaba lo que estuviera haciendo y, a las seis en punto, se iba para Apipilulco. Cuando ella intentaba decirle algo, él se ponía un dedo sobre los labios y le hacía señas para que se callara. Otras veces simplemente le decía que se fuera a la fregada. Luego daba un portazo y se marchaba. Ella se quedaba enojada. Se sentía triste, frustrada, ya nada la entusiasmaba. Se sentía inútil y vacía. El

carácter se le fue agriando, ya no era la señora sonriente de siempre. Liboria empezó a sentirse hastiada.

—Ojalá y tuviera el valor de suicidarme...—, se dijo un día.

Pero no. No tenía valor para hacerlo. Por eso empezó a dejarse morir. Su cuerpo empezó a cambiar, se le veía enflaquecida, comía poco y a veces nada. Siempre andaba desganaada, pálida y con dolor de huesos. Un día, su comadre Chona le recomendó que se fuera a curar de espanto. Ella le dijo que de seguro estaba tísica de susto porque se había desgrenaado con la Toñis cerca del río y que a veces entran los aires al cuerpo. También le dijo que si no se curaba a tiempo podía quedar loca o morir.

Chona le recomendó que fuera a que la ensalmara Don Constantino, porque él era bien bueno para las sobadas de huesos, para curar el garrotillo, para acomodar a los niños que vienen chuecos en el vientre .Y que para eso de los espantos era el mejor. Ella lo tenía bien comprobado, porque Don Consta le había ensalmado a su hija Aurora, que no quería comer y andaba como tísica también.

Las sobadas le habían caído tan bien a la escuincla que quería ir para allá todos los días. En las tardes, Aurorita se ponía como ansiosa. Luego, luego se le veía que le hacía falta su ensalmada, dijo la comadre Chona. Nada más que ella ya no quiso llevarla porque se dio cuenta de que a su hija le hicieron tan bien las sobadas que hasta le empezaron a crecer las caderas. Y le dio miedo que, por ponerse tan frondosa, pronto quisiera hombre. Y la mera verdá estaba bien chamaca para matrimoniarse. Ella esperaba que para eso al menos cumpliera quince años.

Liboria, convencida por el discurso de su comadre, pensó que nada perdía con probar. Pero le dijo que no quería que se enterara Raymundo, porque era muy celoso y de seguro no la dejaría que fuera. Ambas estuvieron de acuerdo con eso. Luego Chona le dijo que tendría que ir a muchas ensalmadas, pero que ella sólo la acompañaría la primera vez porque tenía mucho que hacer en su casa. Liboria dijo que no había problema, porque pensaba ir en las tardes, después de que su marido se fuera al billar a Apipilulco. Ese día Liboria y su comadre fueron a la casa de Don Consta, el curandero.

Al llegar allá, él salió a recibirlas. Al entrar a la casa, Liboria se sorprendió al ver que Don Consta, a pesar de ser soltero, la mantenía impecable. Él era un hombre como de cincuenta años, moreno, alto, con ojos vivarachos de color miel. Tenía manos grandes y fuertes, su voz sonaba gruesa y varonil, usaba camisas de manta y un paliacate en la cabeza. Después de saludarlas, les dio la bienvenida. Luego preguntó quién era la enferma. Liboria dijo que ella, y él le indicó que pasara a la sala donde hacía sus curaciones. A su comadre Chona le dijo que si quería podía esperarlos en el patio, o si tenía otras cosas que hacer, volviera en una hora.

Chona dijo que iría a ver a su comadre Tomasa para que le vendiera unas matitas de rosas de castilla, éstas que eran bien buenas para los cólicos. Antes de irse le dijo a Liboria:

— No tenga miedo de quedarse sola con un hombre, aquí Don Consta es de fiar. Es bien honrado y respetuoso. Yo le tengo harta fe desde que me curó a Aurorita. Está en buenas manos, horita vengo.

Luego salió por la tranquita que daba a la calle. Don Consta entró con Liboria para que se pusiera el camisón que usaba para las curaciones. Al principio, ella no quería mostrarse

en paños menores porque le daba vergüenza. Pero él le dijo que, si no estaba con ropa flojita, no iba a surtir efecto la ensalmada. Ella accedió y cooperó con todo lo él le indicó. Ya recostada en el petate que servía para esos menesteres, él le empezó a estrujar la espalda, la cabeza, los brazos y así siguió con todo el cuerpo.

A ratos se echaba puños de hojas de epazote en la boca y luego un trago de alcohol. Ya todo junto, lo masticaba y con esto embadurnaba a Liboria, mientras le iba rezando el Padre nuestro y el Yo pecador. Y así, entre rezos y escupitajos, le fue sobando todo el cuerpo. A veces se detenía en algunas partes argumentando que allí sentía incordios, y que en esas bolitas estaba acumulado el mal. Don Consta se entretenía en sobar largo rato aquellas protuberancias para que saliera todo lo maligno.

Liboria, sin saber por qué, empezó a sentirse relajada. Las manos de Don Consta la hacían sentirse mejor. De pronto, un calor se fue apoderando de ella y empezó a sudar. Después de esto, Don Consta dio por terminada la curación. Luego le dijo que la esperaba al otro día para seguirla ensalmando. Empezaba a oscurecer cuando llegó su comadre Chona. Don Consta las condujo hasta la salida y, cuando iban a media calle, todavía le gritó:

—Tápese bien para que no le vaya a dar un frío. Y no se le olvide que la espero mañana a la misma hora.

Ellas sólo asintieron con la cabeza a lo lejos. Al llegar a su casa, Liboria fue directo a su cama. Su marido no estaba en casa y ella aprovechó para dormirse antes de que él llegara y le exigiera la cena. Se arrebujó entre las cobijas; el calor que todavía sentía en su cuerpo era muy agradable. Hizo esfuerzos por traer a su memoria la sensación de las manos de Don

Consta sobándola, apretándola y estrujándola toda. El sólo recordar esos momentos la hacía sentir reconfortada.

Con el paso de los días, el ánimo de Liboria cambió. Tenía mayor energía, se le notaba el entusiasmo al hacer sus quehaceres, cantaba al limpiar sus gallineros. Su cuerpo empezó a tornearse otra vez. Y en sus ojos se empezó a ver el brillo de antaño. Un día que encontró a su comadre Chona en la plaza, ésta le comentó que la veía mejorada, que se le notaba que le estaban haciendo bien las ensalmadas. Ella se puso nerviosa por el comentario, así que se despidió argumentando tener prisa.

Ya en el mercado, al pasar cerca de la recaudería donde siempre compraba, escuchó que unas vecinas comentaban:

— ¡Mira, allí viene la Liboria! ¡Quién la viera tan modosita! Pero bien que se encierra todas las tardes con el curandero.

—Sí, dicen que Don Consta, de las seis pa' delante ya no atiende a ningún enfermo porque está ocupado con la Liboria.

—Pues la ha de sobar bien bonito... ¡ Mírela qué jacarandosa camina!

—Sí. Además el otro día que fui a Apipilulco, me dijeron que se agarró a madrazos con una mesera que porque dizque le estaba quitando a su marido.

— ¡Uy! Qué delicada, ¿verdad? Pos para qué tantos brincos, si ella es igual de puta.

—¡Shhh, shhh! ¡Cállate que ya viene más cerquita!

—Buenas tardes, Libo.

—Buenas tardes, Meche —contestó Liboria y caminó de prisa acomodándose el rebozo.

Liboria había escuchado a lo lejos las murmuraciones de las mujeres, pero no quiso reclamar nada. ¿Para qué? Ella se sentía tan bien que no pensaba amargarse la vida haciéndole caso a la maledicencia de la gente, así que compró su mandado de prisa y regresó a su casa. La mujer se sentía feliz, hacía ya tres días que el curandero la recibía de forma diferente. Era muy amable, bromeaba, reía y tenía un brillo especial en los ojos. Esa tarde Raymundo salió como siempre para ir al billar y, más tarde, Liboria se dirigió a la casa del curandero.

Don Consta la recibió con alegría, la hizo pasar a la salita de las curaciones. Luego de ponerse cómoda, empezaron los rezos y las sobadas como siempre, pero esa tarde Don Consta estaba emocionado, se le veía eufórico, como en trance. Estrujaba y ensalivaba con más ganas el cuerpo de Liboria. Ella, por su parte, se dejaba llevar por el entusiasmo de Don Consta. Los meses de abstinencia con su marido, aunados a las manos fuertes y cálidas del curandero, la fueron doblegando hasta entregarse por completo.

En el patio alguien gritó, necesitaba que le acomodaran un hueso porque traía un tobillo luxado. Era Raymundo. Nadie contestó. La casa estaba a oscuras. Sólo se reflejaba por el cristal de la ventana una tenue lucecita. El luxado creyó que Don Consta estaba dormido y decidió entrar a interrumpir su sueño para que lo curara, quitó el alambre de la tranca y entró. Liboria y el curandero, emocionados como estaban, no escucharon nada, hasta que la puerta de la salita de curaciones se abrió, y allí los encontró Raymundo, dándole rienda suelta a las ganas.

Él se quedó pasmado unos instantes: no podía creer que Liboria fuera esa mujer que gozosa disfrutaba en los brazos de Don Consta. A Raymundo se le crisparon los puños de ira y su boca se torció con un rictus de rabia. De pronto, los amantes se dieron cuenta de que eran observados; los ojos de Liboria se cruzaron con los de Raymundo quien pudo ver a través de su mirada todo el desprecio que por él se anidaba en el alma de la mujer.

Raymundo, herido en su dignidad de macho, de hombre cornudo y humillado, trató de llevársela a la fuerza. Ella fue levantada en vilo, mientras las manos de Raymundo como tenazas quemantes la aprisionaban. El curandero la defendió, pero la rabia que Liboria sentía le bastó para defenderse sola, a golpes, a mordidas y a arañazos. Luego echando fuera todo el odio que por él sentía, le gritó.

— ¡Lárgate! ¡No quiero verte nunca! ¿Cuántas veces me humillaste? ¿Cuántas veces te burlaste de mí? ¡Estaba tan acostumbrada a tus malos tratos que ni siquiera me había dado cuenta que hace tiempo dejé de quererte! ¡Tú ya no eres nada para mí! ¡Consta es el único al que amo porque él sí es hombre de verdad!

Raymundo se quedó inmóvil y sintió cómo el mundo se le venía encima. No podía creer que su mujer no sólo lo engañara con otro, sino que además lo odiara de esa forma. Enseguida, humillado y sin dar más pelea, salió de la casa.

Para Liboria esa noche fue la más maravillosa de su vida: se sintió libre de amar a Constantino con todas sus ganas, con todo el amor que desde hace tiempo llevaba acurrucado en su corazón. Ella gozó como nunca porque el curandero no sólo le había sanado el cuerpo, sino también el alma.

Al día siguiente, la casa de las buganvilias amaneció cerrada, mientras dos noticias se comentaban en el pueblo: Don Consta estaba estrenando mujer y el cuerpo de un hombre había sido encontrado en el fondo del barranco.

El destino

Eran las doce de la noche cuando, contrario a su costumbre, Esperanza y Juan tomaron la vereda que llevaba a la casa de su madrina. Esperanza vivía con Agustina desde que quedara huérfana a los trece años. Habían pasado ya cinco desde el fallecimiento de su madre debido a un paro respiratorio; sin embargo, Esperanza aún seguía recordando sus ojos grandes, su dulce voz, su cabello rizado y abundante que, aunque canoso, aún la hacía lucir bien. Brígida, su madre, acababa de cumplir treinta años cuando murió. Pero su aspecto no concordaba con su edad, porque su cuerpo se había deteriorado de prisa debido a la enfermedad respiratoria que la aquejaba.

La infección en sus pulmones le había minado poco a poco la juventud. Desde pequeña, siempre fue delgada y frágil, debido a la desnutrición. La falta de alimento en sus primeros años y el duro trabajo le fueron deteriorando los pulmones. Brígida fue la mayor de sus hermanos, y, desde que empezó a caminar, le asignaron la crianza de los más pequeños. Siempre se le veía cargándolos, aunque rebasaran su propio peso y estatura. Ella era la única mujer en su casa, y la mayor de sus once hermanos. Sus padres se dedicaban a la agricultura, eran analfabetas y tuvieron todos los hijos que Dios les dio, como rezaban las cantaletas del cura de su pueblo.

Los padres de Brígida no tenían más ingreso que el que obtenían por la venta de su cosecha anual de maíz. Con esos ingresos inciertos, no les quedaba más que endeudarse en todas las tiendas del pueblo para poder llevar a su casa lo mínimo para comer. Pedían fiado, siempre con la promesa de que pagarían en cuanto pizcaran el maíz. Cuando no les iba bien en la cosecha— que era la mayoría de las veces— debido a los caprichos del clima o a las

plagas que no lograban combatir por falta de dinero para comprar los insecticidas, era Brígida la que lograba salvar la situación, pues desde pequeña la alquilaban como sirvienta para ayudar a pagar las deudas contraídas.

Desde que cumpliera ocho años, ya andaba de casa en casa, a veces sirviendo como pilmama de niños de familias pudientes. Y cuando fue creciendo, la alquilaban como lavandera, planchadora o sirvienta de planta en alguna casa de ricos. La vida de Brígida nunca fue fácil, y mucho menos después de que quedó embarazada. Ella se encandiló con la zalamería de Ranulfo Valladares, hijo de su patrón. Ranulfo era un hombre frívolo, disoluto y ambicioso, que pronto se cansó de gozar de los placeres fáciles que ella le brindaba, así que la abandonó.

Brígida quedó embarazada de Ranulfo, pero nunca se lo dijo. ¿Para qué? Ella sabía que él nunca se casaría con una sirvienta. Al poco tiempo el padre de Brígida se enteró, y le propinó una terrible golpiza para que le confesara quién le había hecho la maldad, pero ella no dijo nada. Prefirió aguantar los golpes. Éstos eran menos dolorosos que la noticia que todavía corría por el pueblo: Ranulfo estaba comprometido en matrimonio con Rosaura, una mujer de facciones toscas, finos modales y muchos pesos en la bolsa, motivo principal para que Ranulfo la eligiera como esposa.

Brígida se había enterado dos meses antes de que Ranulfo andaba con otra, y lo había encarado, pero éste con todo cinismo le había dicho:

— ¿Acaso creíste que algún día me casaría contigo? No, chiquita, tú sólo fuiste amor de un ratito. Hay niveles chula, hay niveles. Tú y yo nunca seremos iguales.

— Pero... Ranulfo... tú me habías dicho que...

—Shhht, shhht, yo nunca te prometí nada. ¿Los dos la gozamos, no? —rió con cinismo Ranulfo— y continuó diciendo:

—Ahora a otra cosa, mariposa. ¿Seguiremos siendo amigos, verdad?

Brígida no contestó. En esos momentos sintió que un terrible peso le caía sobre sus hombros, mientras un nudo le apretaba la garganta y amenazaba con asfixiarla. Luego salió corriendo con las lágrimas quemándole los ojos. Ese día, Brígida había decidido confesarle que estaba embarazada, pero al darse cuenta que nunca la había amado y que para él esa relación sólo había sido un pasatiempo, prefirió callar.

Después de la golpiza, Juvencio, el padre de Brígida, la echó a la calle para evitar murmuraciones. Brígida se fue lejos de allí, y anduvo en otros pueblos buscando trabajo de casa en casa. Nadie la quería contratar por su embarazo. Dormía en los atrios de las iglesias y comía lo que la gente le regalaba en el mercado. Un día, una mujer llamada Mercedes la vio, y, compadecida del estado en el que se encontraba, le ofreció trabajo. Ella aceptó encantada.

Brígida era muy pulcra, trabajadora, comedida y obediente. Así que pronto se ganó el cariño de sus patrones, quienes de cariño le llamaban Vicky. Ese diminutivo le gustó mucho y desde entonces, siempre dijo que así se llamaba. Vicky siempre se esmeró en todo, así que nunca tuvieron una queja de su trabajo o de su conducta. Tiempo después, ella dio a luz. Al ver que había tenido una niña, desconsolada exclamó:

— ¡Ay, pobre de ti m'ija, más te valía haber nacido con güevos para que no sufieras tanto como yo!

Al escuchar esto, doña Mela la cocinera — que era su amiga— le dijo:

—No digas eso, muchacha, a los hijos hay que quererlos como vengan, porque sólo Dios sabe por qué nos los manda—. Luego tomó la manita de la recién nacida entre la suyas y con su uña gruesa recorrió las líneas de la palma diminuta —Tu niña, Brígida, nació bajo el signo de buena estrella. Tendrá suerte y le irá bien en la vida, ya lo verás. Sólo que hay que cuidarla mucho porque corre el peligro de morir a temprana edad.

— ¡Ay, no le haga Melita! No me asuste. ¿Y por qué me dice eso?

—Bueno, bueno. Es que en las líneas de su manita trae una mancha oscura. Pero no te angusties, muchacha, a lo mejor estoy equivocada: a mis años la vista ya me falla y quizá sólo esté diciendo tarugadas. Además tú eres muy joven y tendrás muchos años para cuidarla. ¡Ándale, mejor dale el pecho! ¿Qué no la oyes cómo llora?

—Sí, sí, Melita. Ojalá y estés equivocada. Y ya la oí, pásamela luego para que le dé la chichi, porque llora bien fuerte, a leguas se oye que tiene buen pulmón. Y ‘ora que me sienta mejor, le voy a decir a mi prima Agustina que me la bautice. Ella es maestra y tiene centavos para comprarle su ajuar de bautismo.

— ¿Qué nombre le vas a poner?

—M’ija se va a llamar Esperanza. Ojalá con ese nombre le vaya en la vida mejor que a mí.

La niña creció; era tan callada y taciturna que hasta se confundía con los muebles de la casa. Tenía los ojos grandes de su madre, su franca sonrisa y su cabello abundante y rizado. Esperanza era como una especie de sombra que vagaba entre los pasillos que conducían a la cocina y los lavaderos. El aroma de los guisados y del jabón se le fue grabando en la

memoria. Por eso, cuando creció, rectificaba la sazón de las cazuelas casi sin probarlos, su olfato le era suficiente.

Cuando cumplió siete años, su madre hizo el esfuerzo de comprarle el uniforme, las libretas y la mandó a la escuela. Vicky no quería que su hija se quedara “burra” como siempre lo repetía. Ella deseaba que la vida de Esperanza fuera diferente a la suya. Por eso ahorrraba la mayor parte de su sueldo, para que un día ella cumpliera su sueño de ir a la escuela. Vicky no deseaba que su hija fuera una niña mimada, por eso le enseñó a hacer los quehaceres y le exigió que los realizara casi a la perfección: a los doce años ya sabía lavar, planchar, hacer guisados sencillos, remendar y bordar, labores que, sin saberlo, la salvarían de vivir en la calle.

Esperanza terminó la primaria con buenas calificaciones y, cuando estaba a punto de ingresar a la secundaria, su madre enfermó. Así que tuvo que cuidarla, además de realizar los deberes que su mamá tenía asignados en esa casa. Los ahorros de su progenitora se gastaron en medicinas, las cuales, a pesar de que Esperanza se las administraba puntualmente, nunca le hicieron efecto. Todo fue inútil: los pulmones de Vicky se deterioraron cada día, hasta que dejaron de funcionar. Cuando ella murió, le avisaron a sus padres y a sus hermanos, pero ninguno asistió al funeral, pues nunca le perdonaron que hubiera tenido una hija sin haberse casado.

Los patrones de Vicky, a petición de ella, le guardaban su sueldo como una forma de ahorro. Curiosamente, al morir ésta, le dijeron a Esperanza que ya no quedaba nada del dinero de su madre. Su sueldo de trece años, según sus patrones, se había gastado en la compra de medicinas. Esperanza escuchó con espanto cómo sus patrones le decían que no alcanzaba ni para la caja. Ellos le dijeron que le prestarían dinero para el sepelio, sólo con la condición de

que se quedara a trabajar y tomara el lugar de su madre. Al no tener otra alternativa, Esperanza dejó de estudiar y se quedó como sirvienta en esa casa. Así, los sueños de la niña y de su madre se vieron frustrados.

Un año después, su patrona, doña Mercedes, enfermó. Su familia decidió irse a vivir a California, y despidió a toda la servidumbre. De la noche a la mañana, Esperanza se vio sola y desamparada. Fue entonces que Melita le dijo que buscara a su madrina y le pidiera ayuda. Ése fue el último día que se vieron. Esperanza buscó a su madrina. Ella la recibió en su casa con la condición de que, a cambio de techo y comida, se encargara de todas las labores de su hogar. Además le dijo que para sus gastos tendría que buscar un trabajo extra porque ella no pensaba mantenerla.

La muchacha aceptó el ofrecimiento de su madrina sin chistar, pues sabía que no tenía otro lugar a donde ir. De acuerdo con la moral de sus abuelos, ella era una hija bastarda, por lo tanto era imposible pensar que la aceptaran en su casa, así que decidió no ir a molestarlos. Esperanza se quedó a vivir con su madrina y la convenció para que la dejara inscribirse a la secundaria nocturna. Agustina, al principio, se negó, pero al ver la insistencia de su ahijada, terminó por aceptar. Desde entonces, Esperanza asumió todos los deberes de la casa. Además lavaba ropa ajena para solventar sus gastos de la escuela.

Así transcurrieron cinco años; ella terminó la secundaria y entró al bachillerato. Cuando iba en segundo año conoció a Juan. Él no era muy guapo, pero era tan estudioso y dedicado como ella, por eso se entendieron de inmediato y se hicieron novios. Cuando inició el siguiente ciclo escolar llegó un alumno nuevo, se llamaba Ricardo. Se rumoraba que no era la primera vez que cambiaba de escuela. Él había estudiado en los mejores colegios de

Puebla, pero de todos ellos había sido expulsado por su mala conducta. Debido a esto, su padre había decidido inscribirlo en una escuela pública.

Ricardo era hijo del comisario municipal. Su padre llevaba cinco años viviendo en ese lugar y se dedicaba a la ganadería. Había sido electo por mayoría de votos, porque en campaña les había prometido a los pobladores que realizaría obras públicas hasta con su propio dinero, si era necesario. Así que con esas promesas se había ganado la voluntad del pueblo. En aquel entonces poco se sabía de la existencia de su hijo Ricardo, mucho menos que era problemático y vicioso.

A todos se les hizo extraño que un día, Ricardo, llegara para quedarse. Y, sobre todo, que el comisario, con todo el dinero que tenía, decidiera inscribirlo en la preparatoria pública. El muchacho tenía facciones toscas, era burlón e irrespetuoso. A pesar de su mala fama, muy pronto tuvo muchos seguidores, porque era derrochador y pagaba las cuentas de licor, de tabaco o de la mariguana que consumían sus amigos. A la gente no le agradaba Ricardo por bullicioso y problemático. Sólo lo toleraban por la ilusión de que su padre cumpliera las promesas de campaña, porque se necesitaban muchas mejoras en el pueblo.

Un día, Ricardo y Esperanza fueron presentados. A él le gustaron mucho los ojos grandes y la hermosa cabellera de la muchacha. Todo lo contrario sucedió con Esperanza; le disgustó inmediatamente su porte altanero y, sobre todo, le incomodó la forma en que él la miraba. Desde el día que se lo presentaron, ella sintió como si los ojos de Ricardo le traspasaran la ropa y le escudriñaran las partes más íntimas de su cuerpo. Su mirada penetrante la hacía sentirse furiosa. Así que desde ese encuentro procuró evitarlo.

Pero Ricardo nunca se dio por vencido. Siempre estaba al acecho para encontrarla en cualquier lugar, inventaba pretextos para acercársele o le mandaba recados con sus amigos. Esperanza se negaba a recibirlos. Y, cuando se veía forzada a hacerlo, los tiraba inmediatamente a la basura. Él y sus amigos la acosaban constantemente. Un día harta de esa situación, decidió decírselo a su novio.

Al principio, Juan se enojó con Esperanza por habérselo ocultado. Pero ella le dijo que temía que él se metiera en problemas por su culpa, que por eso no le había dicho nada. Juan decidió esperar a Ricardo y a sus amigos a la salida de la escuela. Él quería dejarles bien claro que con su novia no se metieran, porque la defendería hasta con su vida si era necesario. Así que al verlos pasar, los enfrentó.

— ¡Ey, Ricardo! ¿Qué te traes, güey?

— Contigo nada, cabrón. Ja, ja, ja. —rieron al unísono Ricardo y sus amigos.

—Es con tu noviecita, pendejo —dijo Ricardo.

— ¿Ah, sí? ¿Y qué chingados quieres con ella? —, le gritó Juan.

—Pues nada, sólo darle sus besitos, mua, mua, mua —se burló Ricardo frunciendo sus labios para simular que la besaba de lejos.

— ¡Déjame en paz, pinche güey!, —dijo Esperanza.

— ¡Sí, pinche puto, ya nos tienes hasta la madre! —le gritó Juan. Enseguida se abalanzó sobre él y le tiró un golpe a la cara. Los amigos de Ricardo los rodearon dispuestos a participar en la trifulca, pero los espectadores los abuchearon y les gritaron.

— ¡No sean montoneros! ¡Déjenlos solos, cabrones!

— ¡A ustedes qué les importa, bola de pendejos! —les gritaron los amigos de Ricardo.

— ¡Cállense, maricones! —les gritaron los demás chicos que contemplaban la pelea.

Esperanza les lanzó piedras para que no le echaran montón a Juan. Los amigos de Ricardo, al ver a Esperanza enojada y dispuesta a descalabrarlos si era necesario, no intervinieron. A veces era Juan el que llevaba la delantera, luego era Ricardo, y al final éste terminó tirado en el suelo y con la nariz rota.

— ¡Esto no se va a quedar así, pinche puto! ¡Me las vas a pagar y bien caro! —dijo Ricardo cubriéndose la nariz sangrante. En seguida volteó a ver a Esperanza y le dijo de forma amenazadora:

—Y tú, pinche criadita, ya verás cómo te va a ir cuando te agarre solita... ¡Hija de puta!—. Inmediatamente hizo como si le disparara con una pistola. Enseguida él y sus amigos se alejaron riendo. Más adelante Ricardo se detuvo, los demás hicieron lo mismo. Él hizo señas obscenas hacia donde estaba todavía Esperanza abrazando a Juan. De inmediato Ricardo y sus amigos festejaron entre bromas y risas su osadía. Por un tiempo, Ricardo ya no molestó a Esperanza.

Pero dos meses después, al cruzarse con uno de los amigos de Ricardo en el pasillo de la cafetería, éste le lanzó sobre el pecho una hoja de cuaderno extendida. Esperanza vio que decía “Ricardo dice que sigues estando bien buena, y que tarde o temprano te va a dar tu cogidita”. Ella, enfurecida, le gritó al mensajero.

— ¡Estúpido, desgraciado! ¡Dile a ese pendejo que deje de estar chingando! —el joven no contestó, la miró y rio burlonamente.

El siguiente viernes, al salir de la escuela, Esperanza y Juan fueron a tomar un helado y a platicar en el kiosco. La tarde se les escapó en un abrir y cerrar de ojos. Sólo al ver las sombras de la noche que lo iban cubriendo todo, Esperanza se dio cuenta de la hora, se sobresaltó y le pidió a Juan que la acompañara a su casa. La muchacha iba preocupada porque su madrina la regañaría por llegar tarde. A ella le disgustaba que Esperanza se tardara porque el camino para llegar a su casa estaba solo y oscuro. La vivienda de Agustina, era la última del pueblo. Atravesaron el puente casi corriendo y al llegar a la otra orilla, cuatro motonetas con hombres encapuchados les cerraron el paso. Dos se bajaron y golpearon a Juan con garrotes; desmayado, se lo llevaron. Esperanza corrió callejón abajo gritando, nadie la escuchó. Los encapuchados le cubrieron la boca y se la llevaron.

Agustina se había dormido temprano, y no se dio cuenta de que Esperanza no había regresado a casa. En el hogar de Juan creyeron que se había quedado en casa de algún amigo por cuestiones de tarea, y no lo buscaron. Por la mañana, Agustina se levantó tarde, fue a la cocina y, contrario a su costumbre, Esperanza no estaba allí. Enseguida la buscó en su cuarto, y con asombro se dio cuenta de que la cama no había sido usada. La mujer angustiada corrió a la comisaría con la intención de acusar a Juan de rapto.

Al llegar allá encontró a un hombre que bajó a toda prisa de su caballo y entró a la comisaría. Agustina escuchó al hombre decir.

—Buenos días, señor comisario, vengo a avisarle que cerca de mi potrero acabo de encontrar a una muchacha difuntita. No sé quién es porque está desfigurada de la cara. Y más abajo, por la barranca del cuatecomate, está un muchacho muerto. Parece Juan, el hijo de Gudencio

Al escuchar al hombre, Agustina dio un grito y se sentó sofocada. Luego entre sollozos le dijo al comisario que ella iba a reportar a su ahijada, porque no había llegado a dormir a su casa. Ranulfo consternado, subió a su camioneta junto con Agustina, el ganadero y sus ayudantes. Al llegar allá encontraron un cuerpo de mujer manchado de barro rojo, con la cara desfigurada y con huellas de haber sido violada. La macabra escena estaba rodeada de huellas de motonetas marcadas en el barro. Agustina, deshecha en llanto, identificó a su ahijada por el color de la blusa que llevaba. El comisario le preguntó cuál era el nombre de la muchacha; Agustina le dijo que Esperanza Rosales Hernández. Al escuchar esos apellidos el comisario se quedó pálido. Preguntó el nombre de los padres de la joven; Agustina le dijo que el de su mamá era Brígida Rosales Hernández, o, mejor dicho, había sido, porque Dios la tuviera en su santa gloria. Y el de su padre no se sabía nada, pero pues daba igual porque nunca se había hecho cargo de la niña. Lo único que ella sabía era que Brígida había quedado embarazada del hijo de sus patronos donde había trabajado desde chamaca.

Al oír esto, a Ranulfo le tembló la barbilla, y sintió que todo el peso de los años se le venía encima: hubiera querido ser él el que estuviera allí muerto, y no esa jovencita, de la cual se enteraba de su existencia demasiado tarde. Disimulando su consternación, ordenó que se levantara el cadáver. A sus ayudantes les extrañó verlo llorar amargamente. Luego de realizar todos los trámites de rigor, se fue a su casa. Al estacionar su camioneta en el garaje, se dio cuenta que el piso y las llantas de la motoneta de su hijo, estaban manchadas de una pasta roja y pegajosa. Tomó un trozo, lo vio de cerca, lo olió. Sí, estaba seguro que era del mismo lugar de donde él venía.

Hecho una furia entró al cuarto de Ricardo. El olor a licor le hirió la nariz. Lo vio tirado boca abajo sobre el colchón. El dorso desnudo, su ropa salpicada de sangre tirada en

el piso junto a la cama. Ranulfo no necesitó más pruebas, lentamente se quitó el cinturón y lo empuñó del lado contrario a la hebilla metálica. El primer cinturónazo hirió el aire y el metal de la hebilla se incrustó en el dorso desnudo de su hijo.

El metal rasgó la carne y Ricardo aulló de dolor. Ranulfo descargó una y otra vez el metal con toda su furia, hasta que su hijo, bañado en sangre, confesó la violación y asesinato de Esperanza. Éste también relató, cómo sus amigos violaron y asesinaron a Juan. Ranulfo se llevó preso a Ricardo y ordenó aprehender a los cómplices de su hijo.

Horas más tarde partió rumbo a la capital de estado para entregarlos a las autoridades competentes. Ranulfo se sentía destrozado, pero sabía que, por primera vez en su vida, estaba haciendo lo correcto. Su camioneta devoraba los kilómetros con prisa, era urgente entregar a los reos para que pagaran por sus crímenes. La carretera serpenteaba rodeando los cerros, el sol estaba en lo más alto del cielo. El pavimento reflejaba la luz del astro rey.

Ranulfo se frotó los ojos, la claridad penetró en su retina. Nunca vio el armatoste negro que se le vino encima. Destellos rojos, amarillos, azules y blancos hirieron sus ojos. Estrellas luminosas se encajaron en su carne, gritos, rezos, llanto. Dolores agudos en sus cabezas, pechos y vientres. Cuerpos girando en el aire. Luces amarillas, rojas y blancas. Luego nada... nada... nada...

En el diario de la tarde se leyó en primera plana: *“Choque fatal en la carretera Iguala-Chilpancingo...No hay sobrevivientes.”*